

Grat San Martin

*San Martín
y los Libros*



Abril - Mayo de 2014 | Hall del 3º piso

*San Martín
y los Libros*



Abril - Mayo de 2014 | Hall del 3º piso





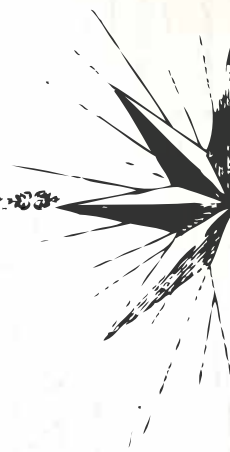
QUIROMANCIA

¿Qué es lo que funda una nación? En un conocido y polémico escrito, Ernest Renan afirma que la idea de nación debe ser desprendida del peso que se desplomaría sobre ella, proveniente de razones historiográficas, geográficas, etnográficas, religiosas o lingüísticas. Semejante despojamiento deja a la idea central del siglo XIX en una suerte de soledad ósea, donde la afirmación de su real entidad se realizaría por “plebiscitos cotidianos”, suerte de contratos del presente con legítimas pretensiones de establecer bases de convivencia superiores a lo que de por sí entrañan como efecto divisionista las querellas históricas o las afirmaciones de tal o cual identidad cultural predominante. Una actitud de este carácter, no deja a la nación desierta de linajes, sino que los somete a un presente donde ejerzan una influencia sólo distante, con una separación bien pausada entre las guerras del pasado y su movedido presente. Renan no es estrictamente un contemporáneo de San Martín, pero nos comunica una actitud que podemos hacer provechosa en el juicio sobre las lecturas de San Martín, quien con el mismo fundamento que Mariano Moreno —las bibliotecas son más necesarias precisamente en los tiempos de las guerras de emancipación— fundó más bibliotecas que éste. No cualquier tipo de bibliotecas, sino las que llamaríamos bibliotecas iniciáticas. O si deseamos precisarlas más directamente: bibliotecas de la ilustración popular. Bajo esta hipótesis magna, la ilustración popular, se hicieron las revoluciones sudamericanas.

El cuño del que partían estos afluentes tenía su claro origen en los enciclopedistas y en Rousseau, conforme la menor o mayor dosis de romanticismo que se admitiera introducir en las claraboyas de la Ilustración. San Martín es hijo por partes iguales de las armas y de los libros, no siendo su figura apta para plantear la famosa disyuntiva que se presenta en el capítulo del Quijote en la querrela entre las armas y las letras: “...dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de cosarios...”.

San Martín no deja evidencias de que vive en el interior de esas clásicas disyuntivas, en general resueltas a favor de las armas. Sin llegar, pues no le era necesario, al cúlmine de ese problema, porta en baúles sus libros y se ocupa en persona de que nutran bibliotecas nacientes al calor de la emancipación, Mendoza en 1818, y posteriormente la del Perú, de la que fue fundador, pasando también por ser primer donante de la de Chile. El afán que pone en estas actividades es notable y lo comprueba su correspondencia, lo que permite calificarlo de manera plena como un hombre de la Ilustración, y su preferencia por las lecturas que involucran viajes, exploraciones y grandes maniobras de guerra en el mundo moderno y el antiguo, revela que su noción de guerra se basa en un sustentáculo moral que también proviene de la formación pedagógica emanada del humanismo clásico racionalista y de la relación de las armas con la apertura del espacio histórico de las Luces, que en el espacio sudame-





ricano debían ser una acción simétrica entre las fortificaciones y los libros, las campañas militares y los libros.

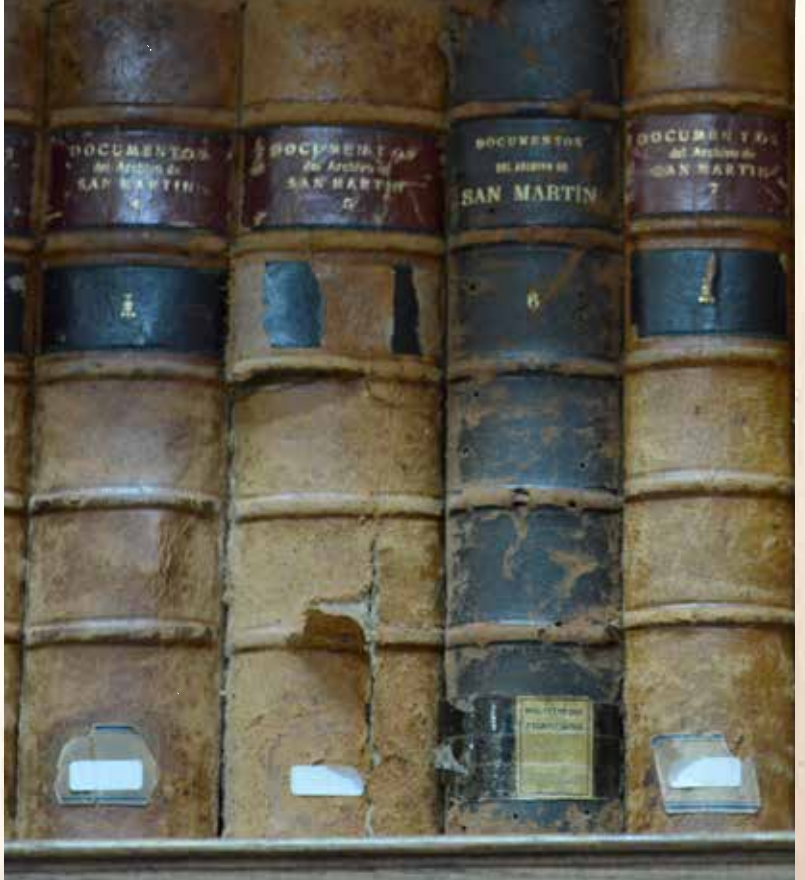
Austero de citas y escrituras, pero de ningún modo imposibilitado de ellas, no es fácil saber qué leía San Martín con mayor ahínco. Se sabe de su preferencia por Diderot, y sin duda ha consultado el *Emilio* de Rousseau, sin ignorar asimismo el *Contrato Social*, pero tan interesante como averiguar ahora las materias favoritas de su vocación de lectura, es ver cómo sus libros, los que trajo de Europa y los que fue obteniendo a lo largos de sus peripecias militares, han tenido tan diversos destinos, encontrándose hoy esparcidos en numerosas instituciones del país —entre ellas la Biblioteca Nacional— y también de Chile y Perú. El historiador Mario Tesler examina con rigor la documentación que permite imaginar y constituir el destino bibliotecario de San Martín, y el legado cultural que de ahí se desprende y llega hasta nuestra actualidad. Interesado, entre tantas otras materias, por las matemáticas, y esto sin duda por el efecto indudable que éstas tienen sobre el saber del artillero, no puede dejarse de lado un extraño volumen sobre quiromancia, de edición muy antigua, seguramente de fines siglo XV, que no figura entre los libros que comprobadamente poseía San Martín en sus derroteros anteriores a la llegada al Perú, y que luego fue uno de los tantos volúmenes saqueados por el ejército chileno en la guerra que a fines del siglo XIX sostuvieron Perú y Chile. O los libros prefiguraron a las guerras o son sus víctimas. Este volumen de quiromancia reapareció luego en poder de un soldado, y fue restituido a la Biblioteca del Perú en la época en que su director era Ricardo Palma, que en ese mismo volumen, escribe una breve recensión sobre el periplo al que ese mismo libro fuera sometido. Extraña el carácter de la obra (cuyo facsimilar posee nuestra Biblioteca Nacional donado por la hermana Biblioteca Nacional del Perú) y no es posible hacer volar demasiado las conjeturas. La quiromancia le atribuye a la lectura de las líneas de las manos el ser espejo providente de las ocurrencias humanas que sobrevendrán.

El mundo científico de la Ilustración proscibiría esos saberes para dejarlos en rincones oscuros de las sociedades, los márgenes de la lectura esotérica o cabalística, de donde nunca desaparecerían. Arriesgando demasiado, de un modo que sin embargo admite el misterioso mundo de los lectores, entre los que San Martín se contaba, se podría decir que los refinamientos cartográficos, los movimientos de la caballería o la infantería en las geometrías de flancos y alas, convivían con una atracción que ejerce siempre la inminencia de la batalla. Lo que atrae de ella es que siempre subyace el espíritu de lo inesperado, la ansiedad por conocer la incógnita de un resultado. Quizás ahí, la sombra de San Martín podía moverse entre el complejo mundo de Diderot —interesado en la descolonización de los nuevos territorios extraeuropeos, una de sus tantas materias—, y el de las ciencias de la adivinación que el mundo moderno hacía tiempo había desaprobado.



Horacio González
Director de la Biblioteca Nacional

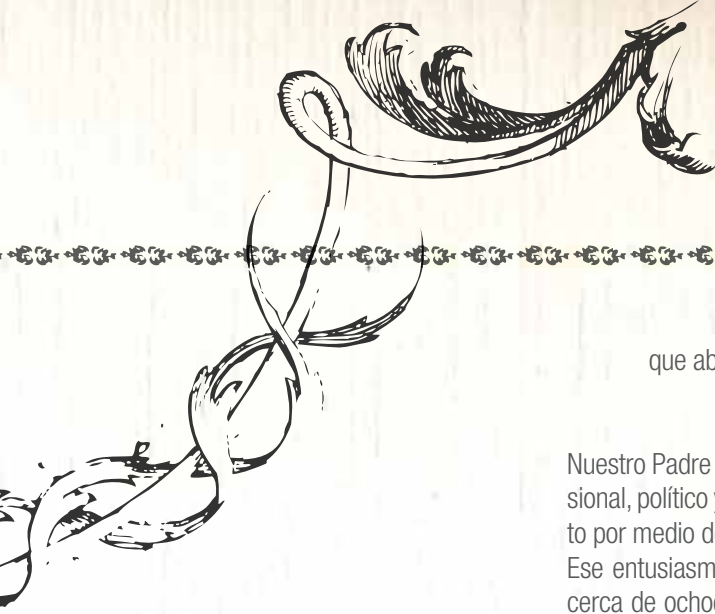












“La ilustración y el fomento de las letras son las llaves maestras que abren las puertas de la abundancia y hacen felices a los pueblos.”
(General José Francisco de San Martín)

Nuestro Padre de la Patria y Libertador de tres países, además de militar profesional, político y estadista, era un hombre volcado a la aventura del conocimiento por medio de la lectura, una afición a la que se dedicaba con entusiasmo. Ese entusiasmo lo ponía de manifiesto trasladando su colección personal de cerca de ochocientos volúmenes a todos los destinos que la historia de la independencia sudamericana lo llevara; al punto de estar convencido de que un pueblo culto tenía las mejores perspectivas para defender su libertad y derrotar al despotismo. Por esa razón, no es extraño que haya considerado prioritario promover la fundación de bibliotecas en cada uno de los sitios en los que tuvo la responsabilidad de actuar.

Hoy, el Instituto Nacional Sanmartiniano y la Biblioteca Nacional presentan esta muestra conjunta que nos permitirá incursionar en el maravilloso mundo de la relación de San Martín con la cultura y su interés por promoverla como forma de solidificar las bases de la libertad y la independencia para enfrentar a la que consideraba la columna más sólida del despotismo para someter a los pueblos: la ignorancia.

José de San Martín fue, sin ninguna duda, un hombre de virtudes y capacidades extraordinarias. Como lo fueron, también, Francisco de Miranda, Bolívar y Sucre, entre otros grandes de la historia sudamericana. Sin embargo, podemos percibir nítidamente que todos ellos fueron “hijos de su tiempo”, productos de una época de cambios revolucionarios que harían tambalear los absolutismos para dar paso a gobiernos limitados donde el pueblo no podría ser ignorado. El colapso del extenso imperio colonial español daría origen a flamantes repúblicas independientes. Pero no sólo la espada sería decisiva. También las ideas, la pluma y la oratoria puestas al servicio del “grito sagrado” de la libertad.

José de San Martín ingresa como cadete al Regimiento de Murcia, apodado “El Leal”, a siete días del asalto a la Bastilla, hito que significaría el inicio de la Revolución Francesa. Fue éste un momento clave de la Ilustración. Eran las postrimerías del siglo XVII, conocido como “de las Luces”, donde todo lo que era considerado “tradicional” hasta ese momento podía ser puesto en tela de juicio, reformado o, eventualmente, derribado. De esa crisis paradigmática que afectó a toda Europa, no podía escapar España, justo donde el futuro Libertador comenzaba a dar sus primeros pasos en el mundo de las armas.

La formación militar de San Martín fue acompañada, además de por las cuestiones técnicas y prácticas propias de la profesión por él elegida, de otros aspectos humanísticos que le otorgarían una cosmovisión libertadora integral, donde no sólo alcanzaría la destreza en el campo de batalla, sino la consolidación de los valores de la libertad y la independencia, siendo para tal fin los libros —la ilustración del pueblo— fuente de felicidad y reaseguro frente a las acechanzas del despotismo.

San Martín ha sido bien caracterizado por Raúl Aguirre Molina como “amigo de los libros”. Y lo era, sin dudas, si atendemos su avidez por la lectura, tal como lo prueba su preciada biblioteca personal cercana a los ochocientos volúmenes. Como hombre contemporáneo de la Ilustración, leía en francés. Sobre sus lec-



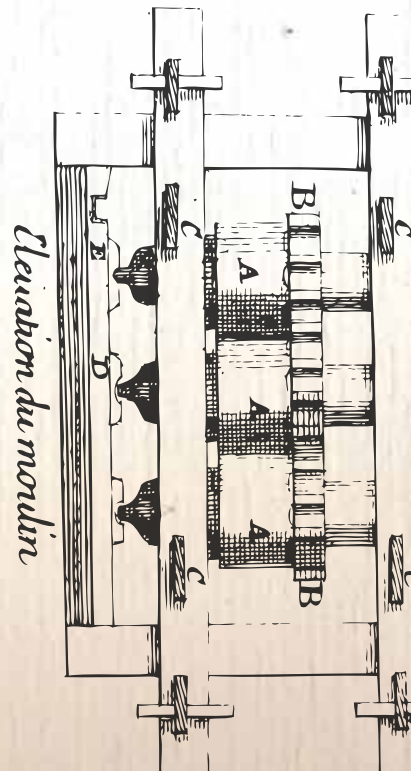
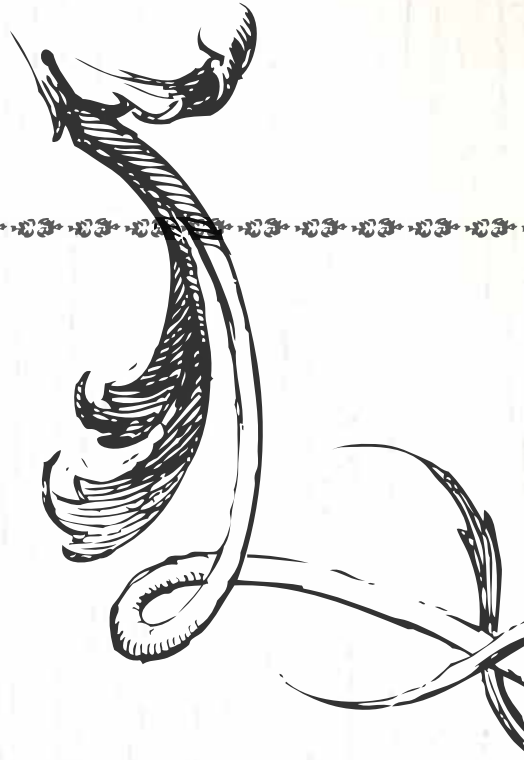


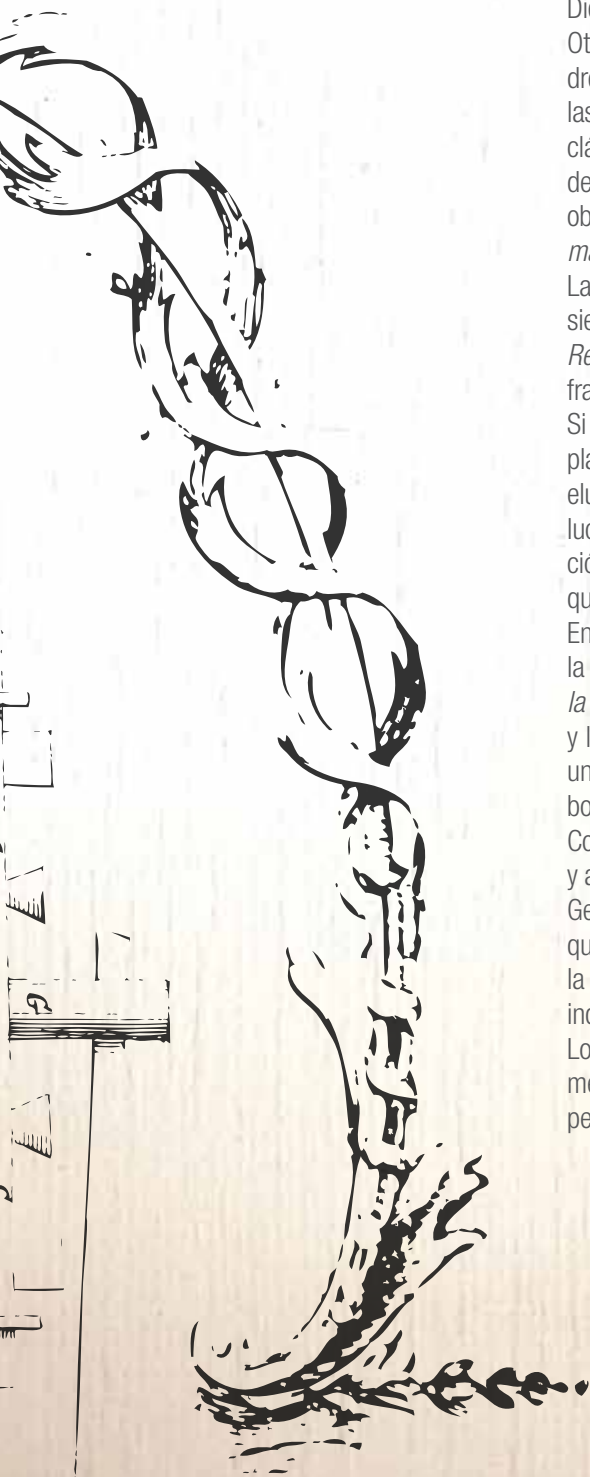
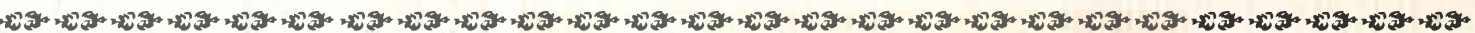
turas de niño y de joven, hace una interesante recapitulación José María Garate Córdoba en su artículo “La Biblioteca del General”, publicado en la página web del Instituto Nacional Sanmartiniano, que nos permite acceder al perfil humano, de comandante militar y de político-estadista que fue adquiriendo el Padre de la Patria y que puso de manifiesto en su acción libertadora y gubernativa. Libros militares (sobre historia bélica general y mando de tropas), científicos y técnicos, lo apasionaban, siendo el rasgo saliente de su personalidad el de su formación autodidacta. Y se dedicaba a la lectura en los pocos tiempos libres de que disponía, sobre todo si se tiene en cuenta que su bautismo de fuego se produjo a los trece años. En momentos de “menor actividad” –si ese concepto fuere válido para épocas revolucionarias–, la lectura fue una de las pasiones que ha ocupado el tiempo del joven oficial.

Del análisis de la Biblioteca de San Martín, se desprende que estamos ante un conspicuo ilustrado. Para comprobarlo, nos encontramos con que uno de los autores que sobresalían en la misma era Voltaire, con dieciséis tomos de este ícono del Siglo de las Luces. Otros títulos nos permiten confirmar esta aseveración: libros sobre relatos de viajeros, filosofía política, diccionarios y enciclopedias, obras científicas y de artes prácticas, literatura, especialmente sobre el mundo antiguo, economía y obras relativas al siglo XVII, el del absolutismo que comenzaba a ser puesto en tela de juicio hasta las primeras manifestaciones de colapso y derrumbe que emergieron con fuerza incontenible entre fines del siglo XVIII e inicios del XIX.

En los libros que pertenecieron al futuro Libertador se puede percibir su afinidad temática con los hombres identificados con la ilustración hispana. Confía, como todo hijo del Siglo de las Luces, en el poder de la razón. Su corpus ideológico se pone de manifiesto en la terminología utilizada para donar su preciada Biblioteca al pueblo del Perú, para que sea “destinada a la ilustración general, más poderosa que los ejércitos para mantener la independencia”. San Martín consideraba que la mejor forma de sostener la independencia del país hermano era facilitar a sus habitantes “todos los medios de acrecentar el caudal de sus luces y fomentar su civilización”, siendo éste el principal “deber de toda administración ilustrada”. El saber de la Ilustración buscaba ser universal, lo que se pondría de manifiesto a través del conocimiento enciclopédico y la acumulación de datos para conocer el mundo en términos comparativos, para tomar contacto con la vida y costumbres de todos los pueblos del mundo; siendo la lectura el principal vehículo para lograrlo.

San Martín fue admirador de Napoleón Bonaparte, del general Moreau y de la oficialidad francesa en general. Sentía afecto por este país, en el que pasó buena parte de su exilio, hasta su fallecimiento. Caillet Bois, experto en temas sanmartinianos, señala que eran francesas las cuatro quintas partes de los ochocientos libros que llevó a Buenos Aires, algunos pocos en inglés, seis portugueses y un ejemplar en latín; lo que totalizaba unos seiscientos cuarenta tomos en francés, unos ciento cincuenta en español y unos diez en inglés, portugués y latín.





Entre los documentos y cartas escritos por San Martín, se perciben influencias de Séneca, Cicerón, Diógenes, Epicteto, La Bruyère, Mirabeau, Bossuet y Calderón; sin ser éstas exclusivas ni excluyentes. Y su claro interés por la Ilustración francesa se desprende por los autores de su colección, entre los que se destacan Montesquieu, Voltaire, La Fayette y, no por casualidad, la *Enciclopedia* de Diderot. La mitad de sus libros de historia lo son, específicamente, de Francia. Otras obras que nos permiten visualizar las materias de interés de nuestro Padre de la Patria, son los quince tomos de Federico II, las guerras napoleónicas y las de España e Indias. José Torre Revello detalla dentro de la colección textos clásicos de Salustio, Cicerón, Tasso y Fenelón. Dentro de sus enciclopedias, se destacan veintidós tomos de Mirabeau, dieciséis de Rosier y veintitrés de varias obras de filosofía y política. De una edición inglesa del *Moniteur del Francmason*, Torre Revello infiere un probable vínculo con la formación de la Logia Lautaro, lo que no es óbice para que también integren la colección los veintisiete tomos de la *Historia Eclesiástica* de Fleury, en francés. La *Historia de la Revolución de Francia*, como dato curioso, la tenía repetida: en cuatro tomos franceses y en tres portugueses (tal vez producto de un obsequio).

Si bien San Martín se educó en la cultura española tradicional —primando en el plano militar las ordenanzas de Carlos III, que hizo suyas—, lo previsible era que eludiese las referencias a sus antiguas ideas al llegar a América. Como venía a luchar por la Independencia, debía expresarse en términos propios de la Ilustración y nutrirse de sus fuentes, aun cuando no dejó de reconocer en una carta que había recibido en España alguna consideración, aun siendo americano.

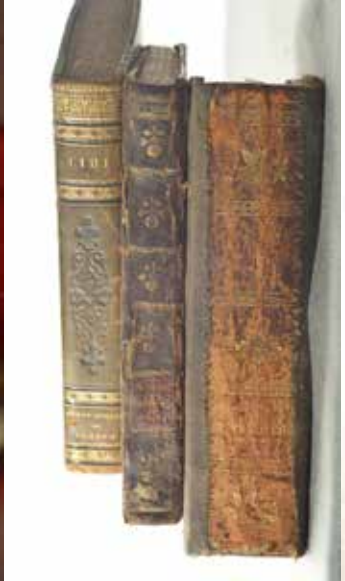
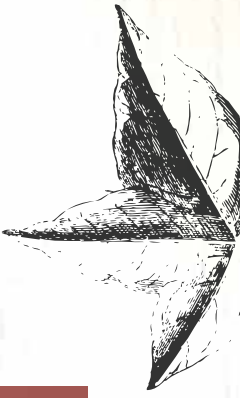
Entre los libros en castellano que formaban parte de su biblioteca sobresalen la *Ilíada* de Homero, la *Gramática militar* y el *Arte de escribir*, *El cementerio de la Magdalena*, sin autor, seis tomos de Quevedo, uno de comedias de Calderón y los *Comentarios de la guerra de España*, entre otros. A ellos hay que sumar unos cuantos textos militares, ordenanzas, instrucciones, y comentarios a ambos, propios de su profesión militar.

Como corolario, podemos afirmar que el saber libera. Así lo entendió San Martín y así lo entiende el Instituto Nacional Sanmartiniano, recordando dos frases del General que nos animan: “Deseo que todos se ilustren en los sagrados libros que forman la esencia de los hombres libres” y “La biblioteca es destinada a la ilustración universal y más poderosa que nuestros ejércitos para sostener la independencia”.

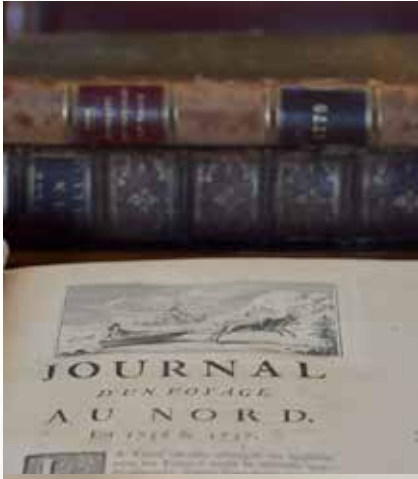
Los ejércitos ya habían actuado. Era el momento de consolidar lo obtenido por medio del saber y la razón. Para vencer a la ignorancia. Una misión de carácter permanente en tiempos de paz y democracia para una nación soberana.

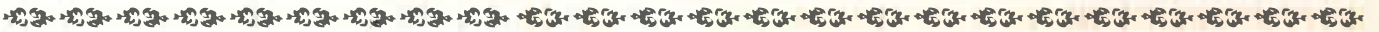
Eduardo Emanuel García Caffi

Presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano









SAN MARTÍN Y LA CULTURA

Este centenario sanmartiniano nos ha traído, con el homenaje al héroe de que se gloria esta nación, el recuerdo de sus muchos triunfos y sobre todo, la insistencia sobre aspectos no siempre recordados de su vida tan fecunda y tan trabajada por las desdichas. De todos esos aspectos uno, San Martín como hombre amigo de los libros y de la ilustración, ha apuntado ahora con alguna mayor energía que antes, ya que esta faz del carácter sanmartiniano había sido descuidada o tratada muy superficialmente.

Nada puede extrañar que tal cosa ocurriese, pues la gloria del guerrero por una parte y la increíble proyección moral del hombre por otra, no han permitido a veces observar otros aspectos de su persona, y la tendencia general a hacer de la suya una figura más estatuaría que humana ha provocado en los hombres que lo contemplan a la distancia la pronta admiración por sus victorias en el campo de batalla y por sus renunciamientos en una larga vida de ostracismo.

Uno de los aspectos más fragmentariamente tratados es, pues, el de la formación general de San Martín, y de sus esfuerzos, sostenidos a través de toda su vida, por lograr conquistas en el campo de la educación y la cultura. Intentaremos hacer un cuadro lo más completo posible —y también lo menos contradictorio posible— de la obra cultural de San Martín.

El primer problema que se nos plantea al respecto es el generalmente no muy debatido de la profundidad de su cultura y de lo sólido de su formación. Bartolomé Mitre, que aún reina con todos los honores entre quienes historiaron la vida de San Martín, ha fijado algunas premisas erróneas sobre éste, que se repiten indefinidamente o que, si en honor a la verdad han sido ya rebatidas por historiadores posteriores, siguen corriendo entre las gentes, y resultan difíciles de desterrar. En el epílogo con que cierra su *Historia de San Martín* dice Mitre, entre otras cosas, que éste acusaba “deficiencias intelectuales”. Y esta apreciación, que no es fácilmente sostenible, explica también el silencio o la falta de interés que pone Mitre al analizar sus proyectos y realizaciones culturales. Contra esta afirmación se levantarán posteriormente, entre otros, Otero y Barcia Trelles, ya que Mitre no diferenció entre los años que San Martín cursó en las escuelas y lo que adquirió por su propio esfuerzo, y esta falta de distinción es lo que llevó a atribuirle un grado de eficiencia intelectual que estaba en relación directa con su falta de títulos y no con los dotes, preparación e ideas generales que se desprenden de su comportamiento, de sus actos de gobierno, de sus cartas, de sus escritos.

No cabe la menor duda de que la formación que podríamos llamar “colegial” de San Martín fue precaria. No hay ningún testimonio de que haya concurrido a escuela alguna en el Virreinato del Río de la Plata. La noticia de que cursó su primer y único año de escuela infantil en Buenos Aires, cuando ya sus padres preparaban, por decirlo así, su equipaje para reembarcarse con destino a la patria de origen, no pasa de ser una suposición, apoyada en testimonios de quienes, en la época de su muerte, decían haber sido sus compañeros de colegio. Concretamente nada se sabe de este posible estudio, y quizás lo más probable es que las primeras letras las haya adquirido en el hogar paterno.

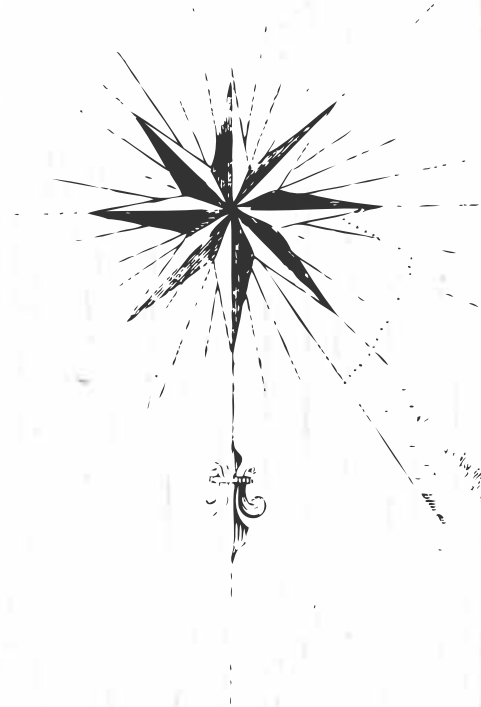


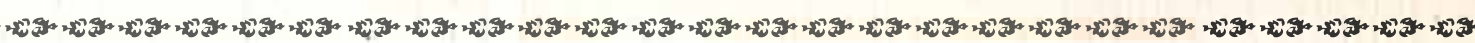


A su llegada a España, sus padres lo inscribieron en el Seminario de Nobles, en Madrid. Este Seminario de Nobles era un internado de categoría, aunque no el más importante de Madrid. Allí mediante pago, las familias de cierta categoría o posición social, aunque no siempre nobles, internaban a sus hijos, que permanecían en él de los 8 a los 15 años, recibiendo una educación bastante heterogénea, que se acercaba en ocasiones a lo que es hoy para nosotros el bachillerato y en otras descendía hasta la escuela primaria. Previa la comprobación de la pureza de la sangre, los estudiantes ingresaban, y estudiaban latín, francés, dibujo, poética, retórica, historia natural, geografía, física y matemáticas. Practicaban la esgrima y la equitación, aprendían el violín, el piano y la danza. En este Seminario estudiaron muchos hijos de la independencia americana, entre ellos algunos argentinos, como José de Escalada y Diego de Alvear, este último hermano del General Don Carlos. Allí también se asomaron a los primeros conocimientos algunos extranjeros que habían de ilustrar su nombre y que, como Victor Hugo entre otros, no olvidarían jamás su paso por tierras españolas, esas tierras que se metían en el alma —como también entraron en la de San Martín— y que aparecerían después en sus obras inmortales.

Allí estudió San Martín tres años escasos. Y esa fue toda su formación en aulas. Pero de ella quedaron firmes algunas enseñanzas, sólidamente asentadas y que permanecieron siempre en el fondo de su saber: habló el francés desde muy joven, dibujo con conocida habilidad, conoció matemáticas y física, especialmente aplicadas al arte militar, gustó de la geografía y los viajes. Y en cuanto a las enseñanzas de adorno, es proverbial su fama de hombre notablemente grato en los salones, excelente bailarín y organizador de saraos que presidió en Chile y Perú como si fuera un caballero de corte.

Tenía trece años cuando sus padres se trasladaron a Málaga y allí inició su carrera militar en el Regimiento de Murcia. Y aquí surge otra de las características de la formación de San Martín: tampoco concurrió a una escuela militar propiamente dicha, ni realizó estudios de esta clase en las aulas de ninguna academia de guerra. España, envuelta en mil contiendas, agraviada tanto por sus enemigos de siempre como por su dinastía claudicante, estaba urgida de hombres de armas, que pasaban directamente del hogar de sus padres a los campamentos de guerra y aprendían, sobre el terreno, una técnica hacia la que se dirigían por intuición, por esa condición innata de guerreros que es una de las características del pueblo español. San Martín adquirió su preparación militar sobre los campos de batalla, y África, Francia, Portugal y el mar fueron sus maestros. En la guerra del Rosellón, el gran general Ricardos, último gran conductor militar que restaba a aquel ejército en otro tiempo tan glorioso, le habrá dado las más altas enseñanzas de moral guerrera y de pericia militar. Entre todas estas revueltas y tristes guerras españolas, tuvo San Martín algunos períodos de descanso, y él mismo nos ha dicho, muchos años después, a qué dedicó el único algo más extenso que tuvo entre todos ellos. Sabido es que la fragata española *Santa Dorotea*, que llevaba a su bordo el regimiento





de Murcia, y en él a San Martín, fue atacada en el Mediterráneo por el navío inglés *León*. Los españoles cayeron derrotados, mientras los ingleses, estupefactos ante tanto y tan inútil coraje, rendían su homenaje —son palabras del almirante inglés— “al valor asombroso y a la destreza insuperable con que han combatido los soldados, oficiales y jefes españoles”. Después de esta difícil acción, San Martín tuvo 20 meses de descanso que “dediqué —nos dice— a las matemáticas y al perfeccionamiento del dibujo”. Con respecto a esto último, se sabe, por él mismo y algunos contemporáneos, que gustaba de pintar, en especial marinas, y él declaró en una de sus cartas que, de no haber seguido la carrera de las armas, se hubiera ganado la vida dibujando, pues ésta era una de sus seguras vocaciones.

Este fue, pues, todo el bagaje intelectual y de preparación militar con que fue dotado San Martín por las aulas y por sus jefes de ejército.

Pero si de sus estudios cursados bajo la dirección de profesores no podía exhibir San Martín gran acopio, sí pudo decir, a quienes ya en su tiempo sostuvieron la opinión que posteriormente registró Mitre, que era en el mejor y más profundo sentido un autodidacta. Permiten esta afirmación muchos indicios que se observan en distintas manifestaciones de su vida, y que no son los menores los resultantes del minucioso rastreo que ha hecho José Pacífico Otero, a través de las ideas que expuso a amigos y a pueblos, a su ejército y a sus enemigos, en cartas y proclamas. Pero un dato totalmente objetivo es el que nos suministra el catálogo de su propia biblioteca.

Cuando San Martín llegó a Buenos Aires, poco después de la Revolución de Mayo, para poner su espada al servicio de su patria, traía una biblioteca privada, que había ido formando en Europa. No se sabe a ciencia cierta si todos los libros que él mismo registró posteriormente venían en sus maletas, pero el estado del mercado librero de Buenos Aires era tan pobre, que todo hace pensar que muy poco fue lo que consiguió agregar en esta ciudad. De tal manera que su biblioteca procedía, sin duda alguna, de Europa. El catálogo que se conserva de esa biblioteca, de puño y letra del propio San Martín y que se halla en el Museo Mitre, nos revela que trajo del viejo mundo unos 800 a 1.000 libros, suma no despreciable para un militar pobre, que abandonaba Europa con un equipaje indispensable. Echando un vistazo a esa lista se comprueba de inmediato que las cuatro quintas partes de las obras son francesas, y el resto casi totalmente español. Esto nos está diciendo desde ya que su formación personal, aquella que había quedado a su arbitrio, era fundamentalmente francesa, es decir, se nutría directamente de las ideas de libertad y tolerancia que habían predicado los filósofos del siglo XVIII y que habían desembocado en la Revolución Francesa. En efecto, los pensadores iluministas de Francia forman la mayor parte de este bagaje francés, y Voltaire marcha a la cabeza de ellos, seguido por Rousseau.

En cuanto a las materias de que se ocupaban esas obras, están en los primeros lugares la historia (en especial la de las épocas de Felipe II y Luis XVI), una buena colección de viajes especialmente realizados por América, libros





sobre táctica militar, una colección de obras de náutica y cartas marinas, excepcionalmente rica, algo de derecho, muy poca literatura y, con gran profusión, libros sobre toda clase de artes y oficios: agricultura, minería, tornería, relojería y hasta un tratado del arte de leer las líneas de la mano, que era, además, el único incunable de la colección.

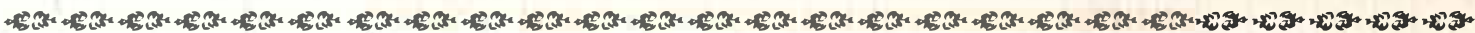
Todo esto dio, indiscutiblemente, junto con algunos clásicos latinos, griegos y españoles que tampoco faltan, un carácter general a su formación, y sobre todo imprimió a su preparación, además de un verdadero eclecticismo, una orientación práctica, que no lo abandonó en ninguna circunstancia de su vida. A propósito de esta posibilidad típica en San Martín, de poder discurrir sobre muchos y muy variados temas, nos queda el testimonio de alguien que, a pesar de mirarlo con ojos pocos amables, no pudo dejar de traslucir, a través de un retrato no siempre cordial, esta característica del general argentino. Se trata de Mrs. Graham, dama inglesa que vivía en Valparaíso en la época de las guerras de la independencia, y que escribiría más tarde un libro de recuerdos. La animosidad de Mrs. Graham contra San Martín le venía de su amistad con Lord Cochrane. Ya de regreso definitivo del Perú después de la conferencia de Guayaquil, San Martín concurrió una tarde a la casa de Mrs. Graham, y ella nos ha dejado una descripción bastante vívida y no siempre benévola del general. Pero a través de todas sus injusticias, se salvan algunos datos interesantes: que San Martín conversó largamente discutiendo temas de filosofía y religión, que opinó sobre Carlos V y Felipe II, la Revolución Francesa y la Reforma y, finalmente, que hizo a la dama una descripción tan a lo vivo de las antigüedades incaicas y la cultura hispánica peruana que aquélla no pudo menos que calificar de muy interesante esta parte de la conversación.

Estos antecedentes y muchos más que no es posible analizar aquí, nos llevan a la hoy ya indiscutible conclusión de que San Martín compensó por sus propios medios y con holgura, su falta de concurrencia prolongada a las aulas, y que tuvo conocimientos suficientes no sólo para la empresa militar que se había propuesto, sino también para la política y en general para estar en condiciones de emprender, como lo hizo, numerosas obras de educación y de cultura.

No bien San Martín se hace cargo de los distintos puestos con que se sirve honrarle el Gobierno de Buenos Aires —cargos que él había de honrar después por el hecho de haberlos ocupado— comienzan a notarse sus inquietudes por contribuir a la mejor educación de sus subordinados y del pueblo. Sus ideas sobre la necesidad de la ilustración y su concepto de que ésta es la única arma que libera a los pueblos, aparecen reiteradamente expuestas en las cartas y escritos o manifiestos en sus fundaciones.

Siendo Gobernador Intendente de Cuyo, en 1815, dirige a los maestros de la región una circular en la que les señala su obligación de inculcar a los alumnos las ideas de libertad e independencia de España. Y en ella se expresa en los siguientes términos:





La educación forma el espíritu de los hombres. La naturaleza, el genio, la índole misma, cedén a la influencia poderosa de este admirable resorte de la Sociedad... El Destino de preceptor de primeras letras que Ud. ocupa le obliga íntimamente a suministrar estas ideas a sus alumnos. Recuerde Ud. que estos tiernos retoños, dirigidos por mano maestra formarán algún día una nación, culta, libre y gloriosa...

Dos años después, en 1817, se funda el Colegio de la Santísima Trinidad, en Mendoza. Ya no es San Martín gobernador de Cuyo, pero el gobernador Luzuriaga, que lo ha sucedido, no hace sino cumplir sus órdenes y llevar a la práctica planes que él había trazado. El colegio se levanta en un amplio solar, con aulas, cancha de pelota, sala de billar, jardín y huerto. Se inaugura con 100 alumnos internos y 60 externos, y se enseña en él latín, matemáticas, filosofía, dibujo, física, astronomía y derecho. San Martín mismo gestionará y logrará que sus graduados ingresen directamente, sin examen previo, a las universidades del territorio argentino y del chileno. Cuando ofrece la rectoría al deán Diego Estanislao Zavaleta, que se halla en Buenos Aires, este se excusa, y en respuesta a su negativa recibe una carta, casi conminatoria, en la que San Martín le expresa: "Ningún hombre nacido en nuestra tierra debe tener a menos o creer que hace sacrificio viniendo a esta ciudad excelente a fundar los estudios...". El colegio funcionó durante muchos años sin interrupciones, y posteriormente fue restaurado sobre nuevas bases.

Ya en esta misma época, y escribiendo a su amigo Guido a propósito de la campaña de Chile que piensa iniciar, le dice que va a Chile a dar la libertad y "las luces" a ese pueblo oprimido. Cuando años más tarde liberta el Perú, entre las numerosas disposiciones que toma se halla la abolición de la esclavitud, al declarar libres a todos los hijos de esclavos nacidos en territorio peruano. Y por otro decreto del 21 de noviembre de 1821 se señala, con respecto a estos nuevos libertos, que es obligación de los amos que tienen esclavos proveer la educación de sus hijos libertos, dándoles instrucción adecuada y además un oficio, quedando los amos obligados hacia ellos hasta la edad de 20 años en las mujeres y 24 en los varones.

Es en la misma ciudad de Lima donde San Martín cita al misionero inglés Diego Thompson y éste da su primera clase pública con asistencia de las autoridades de la Universidad Mayor de San Marcos y principales de la ciudad. Este misionero Thompson era un inglés enamorado del método lancasteriano, que ya lo había enseñado en Uruguay, México y otros países, cuando San Martín, llevándolo al Perú y consagrándolo con la brillante ceremonia de su primera clase, introduce el sistema en el país tan necesitado de instrucción para una numerosa masa de indios y mestizos. Thompson nos ha dejado un retrato del Libertador, en el que dice entre otras cosas: "San Martín es hombre inteligente y liberal. Tiene grandes deseos de fomentar la instrucción en Sud América y vive exento de aquellas preocupaciones que traban el progreso".



No descuidó tampoco nuestro héroe la instrucción de los militares. Cuando en 1814 se hace cargo del destruido Ejército del Norte, con el cual Belgrano acababa de sufrir las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, comprende de inmediato que nada puede hacerse con la sola buena voluntad y el coraje a prueba de su oficialidad, mientras no se la instruya. Belgrano, abogado y hombre de letras, no había podido ser para sus tenientes y capitanes lo que el gran Ricardos fuera para él. La oficialidad del Ejército del Norte lo ignoraba todo. Había peleado a corazonadas y Vilcapugio y Ayohuma estaban diciendo, a las claras, que la guerra no se podía ganar sólo con el valor y el instinto. En un oficio que libra al gobierno nacional en marzo de ese año dice San Martín: “No puede existir un ejército sin que lo acompañe un número de oficiales de conocimientos matemáticos”, y funda un curso en el que el Tte. Coronel Enrique Paillardell enseña nociones de matemáticas, artillería, ingeniería y topografía. Los oficiales, bajo su dirección, aprenden a construir bastiones, campos atrincherados y a trazar planos del terreno. Pero esto no era suficiente. La oficialidad del Ejército del Norte no sabía ni siquiera dar las voces de mando correctamente, y es entonces cuando San Martín crea una academia práctica y teórica, donde enseña él mismo todos los pormenores del oficio militar y del mando de tropa. De la eficiencia de sus enseñanzas dieron buenas muestras los oficiales de los ejércitos libertadores, y de la energía de su carácter la memorable anécdota de Dorrego que, por reírse del humilde Belgrano, no vaciló en concurrir como simple alumno, fue expulsado en la primera clase y confinado a Santiago del Estero, por razones de indisciplina militar. Así pues agregaba San Martín a sus esfuerzos por la educación del pueblo, los no menos honrosos en pro de la formación de militares de escuela. Para los bibliotecarios, nada será sin embargo más digno de recuerdo en esa esforzada tarea de iluminar a los pueblos llevada a cabo por San Martín, que sus intentos de fundación de bibliotecas. El que se refiere a nuestro país data de 1818, en el momento en que el Libertador parte para Chile, donde librará la batalla de Maipú. Temeroso de no salir con vida de la contienda, suscribe un testamento a favor de su hija Mercedes, legándole a ella y a su esposa Remedios todos sus bienes, con una excepción, sus libros, que, en caso de su fallecimiento servirían para fundar una biblioteca en Mendoza. Felizmente, San Martín salió indemne de la campaña, y por eso la biblioteca no fue fundada. La tradición, recogida por el historiador mendocino Damián Hudson, dice que cuando en 1822 se verificó la fundación de la biblioteca de Mendoza, San Martín le remitió 1.000 volúmenes, pero el dato no tiene visos de mayor verosimilitud, por lo menos en cuanto se refiere al número. Un año antes, en 1817, se había registrado la tentativa en tierra chilena. El Cabildo de Santiago, deseando aligerar sus gastos después de la batalla de Chacabuco, le donó 10.000 pesos fuertes. La delicadeza siempre alerta de San Martín lo obligó al rechazo, pero destinando esos 10.000 pesos a la fundación de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile. Y es en la nota en que lo comunica así al Cabildo en la que aparece la frase, ya famosa: “La

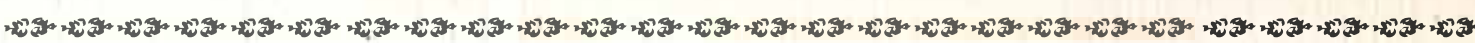
*Este libro es
dieciocho siglo después
de la invención de la imprenta
por Gutenberg, y por
primero, que se publicó
en Venecia*

*Es una joya
regalada en 1818
por el general San Martín
a la Biblioteca de
Lima. Lo recibió
un soldado de
por dos reales
y medio a la*



Lima, Diciembre

*Lima, 1818
E. de 1899*



*impreso me
as de la nueva
presente por
me de los
se imprenie*

*la bibliográfica
822 por el Gine
rtin a la Be
Lima,
del poder de
el teno en 1881
ata, y lo de-*

*10 1883.
Ricardo Palma*



ilustración y fomento de las letras es la llave maestra que abre las puertas de la abundancia y hace felices a los pueblos”. Los tiempos que corrían eran malos, y los 10.000 pesos se escurrieron entre las manos de los cabildantes de Santiago, urgidos por gastos de guerra. El generoso donativo no fue ni cobrado por San Martín ni destinado a fundar biblioteca alguna. Un año después, el Director Supremo de Chile, O’Higgins, fundaba la Biblioteca Nacional de Santiago, olvidado al parecer, totalmente, de su ilustre antecesor. Pero al abrirse una colecta para sufragar los primeros gastos del establecimiento, se vio figurar en ella, con 103 pesos, al general don José de San Martín.

Por fin el éxito había de coronar la tercera tentativa. En Lima, allí donde el genio político de San Martín dio mejores muestras, logró por fin ver cumplidos sus deseos, y en 1821 fundó la Biblioteca Nacional de Lima, a la que donó la mayor parte de sus libros, incluido el discurso de dos párrafos —no necesitó más para decir todo lo que dijo— en el que expresó: “La biblioteca es destinada a la ilustración universal, más poderosa que nuestros ejércitos para sostener la independencia”.

Al producirse la guerra entre Chile y Perú, los soldados chilenos saquearon la Biblioteca de Lima. Allí desaparecieron algunos de los 800 libros donados por el fundador. Don Ricardo Palma, que fuera director de esa misma Biblioteca, nos cuenta que salvó el incunable sobre quiromancia comprándoselo a un soldado chileno por dos monedas. Pero al producirse en 1943 el incendio que destruyó casi totalmente ese repositorio, desapareció cuanto quedaba de la donación de San Martín. Los peruanos, que nunca han desmentido su tradición de pueblo agradecido a San Martín, han hecho esculpir en mármol, en el imponente edificio que han levantado para su biblioteca después del incendio, las palabras del Libertador a propósito de su fundación, y le han rendido homenaje al inaugurarlo.

Pero no acabó aquí en su paciente tarea de bibliotecario. Una vez en el destierro voluntario, repartidos sus libros por América, comenzó a formarse nuevamente su biblioteca, de la que, desgraciadamente, poco y nada se sabe. Se cree que debió ser bastante numerosa, pues San Martín dedicó sus largos años de ostracismo a la lectura y al estudio sobre todo de los problemas sociales y políticos de Europa, en los que llegó a ser, como es notorio, uno de los hombres más versados de su época. De él supo decir José Tomás Guido, hijo del general Guido, lo siguiente: “La vejez de este gran soldado ha sido la de un sabio”. En 1856, ya fallecido el prócer, su yerno Mariano Balcarce remitió a nuestra Biblioteca Nacional, un baúl de libros que habían formado parte de esa colección, todos con la firma del Libertador. Y con la devoción que era habitual en él cuando hablaba de su suegro, Balcarce expresa que hace ese donativo porque cree que hubiera sido grato a su señor padre que sus libros, además de figurar en Mendoza, Chile y Lima, estuvieran también en Buenos Aires. Estos libros que custodia la Biblioteca Nacional y los que posteriormente recibiera de la nieta del prócer nuestro Museo Histórico Nacional es todo cuanto queda de la biblioteca del exilio.

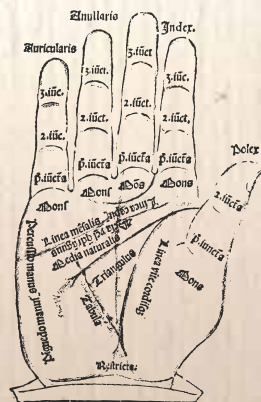
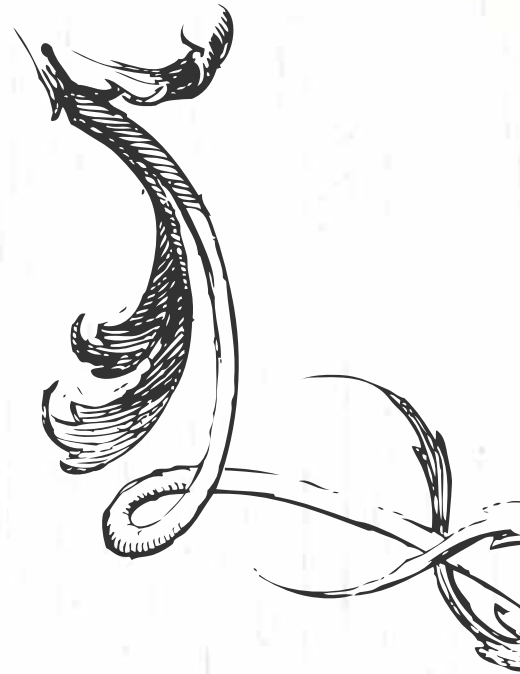


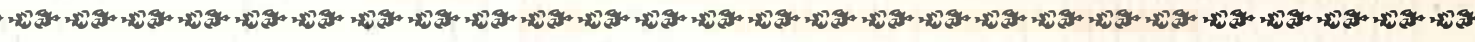
Esto en cuanto a bibliotecas. Pero hay algo más. Nombrado protector del Perú, decretó la libertad de imprenta, en términos que lo honrarán eternamente: “Todo individuo puede publicar libremente sus pensamientos sobre cualquier materia sin estar sujeto a ninguna previa censura, aprobación y revisión”. Pronto seguirá a esta disposición otra, protegiendo a los artistas de teatro, por considerar que toda profesión que contribuye a aumentar las luces de un país es honesta y debe ser protegida por el gobierno, sin que haya razón alguna para que la sociedad mire —como ocurría en la época— como a gentes de baja moral a los cómicos. El teatro, declara, es un establecimiento moral y político de la mayor utilidad.

Con anterioridad a estas disposiciones había fundado en la misma Lima la famosa Sociedad Patriótica de Lima, cuya alma fue Monteagudo, y que tenía por fin discutir cuestiones políticas, económicas y científicas, con absoluta libertad de pensamiento y sin más restricción que la de no atacar el orden público y el honor de los ciudadanos. Era ésta una verdadera sociedad científica o academia, en el sentido actual, formada por 40 miembros ilustrados de Lima, y que el propio San Martín inauguró solemnemente.

Pero hay en este aspecto de la preocupación por la educación en San Martín, algo que debe ser especialmente destacado, y es la dedicación con que afrontó el problema de la formación intelectual de su hija Mercedes. En una época en la que la educación de la mujer no se realizaba, en forma intensa, sino esporádicamente, San Martín manifestó las más avanzadas ideas al respecto, y, en varias cartas a Guido, ha tratado este tema con particular extensión. Dice así que su principal interés fue el de dar a Mercedes una educación que la hiciese “tierna madre y buena esposa”, pero no cabe la menor duda de que creía que esas dos condiciones no se alcanzaban sin una cuidada instrucción. Se ha hecho notar muchas veces el curioso interés de San Martín por las mujeres cultas. Así ha llamado siempre la atención la cantidad grande de obras de mujeres literatas y pensadoras que aparece en el catálogo de su biblioteca particular, y su inclinación a incluir igualmente en ella obras biográficas de personajes femeninos, entre los que se encuentran Juana de Arco y María Antonieta. San Martín debió tener, y lo demostró a través de las providencias que tomó para la educación de su hija, un alto concepto de la importancia de la instrucción de la mujer, no ya sólo de su preparación como simple ama de casa, y su disposición relacionada con los libertos del Perú, señalando la edad de 20 años a las libertas como límite para su educación y tutela de sus amos, demuestra cómo no las olvidaba en ninguna circunstancia.

Volviendo a su hija y sin insistir en el aspecto de su formación moral y de las memorables máximas para su carácter, es interesante ver, a través de sus muchas cartas hasta que punto San Martín rigió su vida en el destierro por la necesidad de alcanzar para su hija una educación adecuada. Cuando el 10 de agosto de 1823 solicita al gobierno peruano permiso para ausentarse e ir a Europa, expresa que lo hace porque “pienso llevar a mi hija a que se eduque en Inglaterra”. Poco después dirá, en otra de sus peticiones, que piensa





amanecer en Europa dos años, “tiempo que creo necesario para concluir la educación de mi hija”. Y en una de sus cartas, en la que se ocupa más explícitamente del tema, recordará que debió arrancar a Mercedes de la casa de sus abuelos maternos, donde la abuela la malcriaba con sus mimos “hasta el punto de resabiarla, como dicen los paisanos. Y agrega la mutación que se ha operado es tan marcada como la que ha experimentado en figura. El inglés y el francés le son tan familiares como su propio idioma, y su adelanto en el dibujo y música son sorprendentes”. Más tarde, y en circunstancias más adversas, dirá varias veces, desde Bruselas, que el anhelado regreso a América está supeditado a “afirmar la educación de mi hija”, y en 1830, al salir hacia París después de una revolución, explica que ha decidido cambiar de residencia no sólo para evitar los peligros del saqueo y la violencia que siguen a estos hechos lamentables, sino al mismo tiempo para dar la “última mano a la educación de mi hija”. Se sabe que Mercedes estudió en el internado de Bruselas, donde su padre la visitaba sólo los fines de semana, la música, el dibujo, francés, inglés, pintura y economía doméstica, todo y lo más que en aquel tiempo podía enseñarse, a una mujer. Y no se debe olvidar que en estos años de aprendizaje de Mercedes, San Martín pasó por situaciones que lo afligieron, motivadas por falta de dinero, mala inversión en títulos que no se pagaron y atraso en las liquidaciones de los alquileres de sus pequeñas propiedades y de sus sueldos del Perú. Sin embargo ni esas dificultades, ni el deseo de volver a la patria, impidieron que San Martín, en momento alguno, considerara que la educación de su hija era el problema fundamental de toda esa época de su vida. De los resultados que obtuvo con sus desvelos, no es necesario hablar. La conducta de Mercedes con su padre hubiera sido ya pago suficiente a tantos sacrificios, pero quedan además los testimonios de los contemporáneos que visitaron su hogar, y que han conseguido transmitir a través de páginas admirativas para el padre, esa sensación de extraordinario encanto, de categoría moral e intelectual que emanaba de la figura de la hija que hizo del Grand Bourg y de la casa de Boulogne-sur-Mer un verdadero refugio.

No es necesario insistir más en las pruebas de que San Martín fue un autodidacta, que suplió con amplitud las posibles fallas de su formación escolar, y que asimiló brillantemente cuanto encontró en pensadores, literatos, filósofos, científicos y técnicos. Que prefirió las lecturas históricas y morales a las literarias, es cierto. Que el arte le atrajo menos que la técnica, también es verdad. Pero ello no hace sino corroborar la impresión de que San Martín desarrolló todas sus facultades de una manera prodigiosamente armónica, y que marchó con paso muy seguro hacia el fin que se había propuesto. Era, esencialmente, un militar, un militar libertador. Justo es que a ese fin primordial, libertar por las armas, se dirigiera lo fuerte de su inteligencia y de su carácter. Pero no es menos cierto que no fue insensible, ni mucho menos, a las exigencias de la educación del pueblo, y que consideró que la única arma de liberación definitiva era la muerte de la ignorancia. Bolívar decía que el que



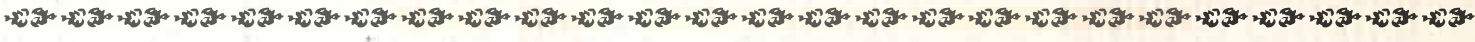
no sabe escribir ni paga contribución ni tiene oficio, no es ciudadano, y tenía razón. Pero más razón tenía San Martín cuando dijo en los considerandos del decreto en que se ordena abrir la Biblioteca de Lima el 17 de septiembre de 1822: “Los días de estreno de los establecimientos de ilustración son tan luctuosos para los tiranos como plausibles a los amantes de la libertad”. América entera debe gratitud al Libertador por su campaña militar emancipadora. Pero su compromiso con él es eterno porque, llevando en la mano una espada, creyó firmemente que ésta sólo debía inclinarse ante la justicia y el saber.

Josefa Emilia Sabor

**Opus pulch
romantie
tis addi
nouit
pref**

Josefa Emilia Sabor (1916-2012), bibliotecaria, docente universitaria e historiadora. Conferencia pronunciada el 13 de septiembre de 1950 sobre el tema San Martín y los libros; después publicada como folleto con el título que se reproduce por el Centro de Estudios Bibliotecológicos del Museo Social Argentino en 1951.





perimus chi
cum mul
tiōibus
erim
tus.

J^m Martin



LES VIES
DES
HOMMES ILLUSTRES
DE PLUTARQUE,

Traduites en Français, avec des Remarques
historiques et critiques par M. DACIER;
ET AVEC UN SUPPLÉMENT
Edition revue et augmentée des Vies d'ALCIBADE ET
de TITE, par A. L. DELAROCHE.

dans les Formats de nos Écoles Nationales par GARNIER,
et gravés par DUBOIS.

TOME TROISIÈME.

VIES DE CE VOLUME.	
PÉRICLÈS	page 1 { composé
FABIUS MAXIMUS	115 { page 171
ALCIBADE	209 { composé
CORIOLAN	325 { page 381

A PARIS,
CHEZ LOUIS DUPRAT-DUVERGER,
rue des Grands-Augustins, n° 21.

Genl. San Martin



Genl. San Martin



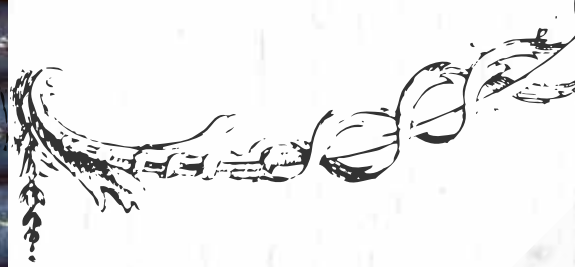
*Ballarinas por. Hechos de un buque que vino a
 España por Charles Cook, situado en Cuzco y
 en el mar del Sur.*

*En barcos como auy se meht pas vultu hien
 la doueur de mexer dans vos lucas, j'espote
 avec moi la condoueur idu que je restey
 et vultu hien dans vos lucas
 se petit puer tout logue. quid est vus*

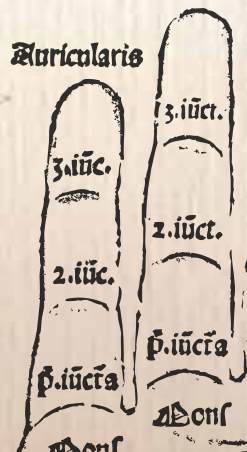


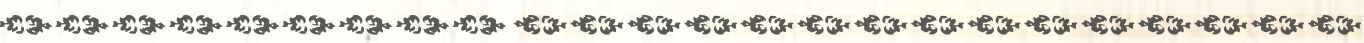


LIMA FUNDADA.
 O CONQUISTA DEL PERU.
 POEMA HEROICO
 EN QUE SE DECANTA TODA LA HISTORIA
 del Descubrimiento, y sujecion de sus Provincias
 POR DON FRANCISCO PIZARRO, MARQUES DE
 las Atabillos, Incluto y Primer Governador de
 este vallo Imperio.
 Y SE CONTINE LA SERIE DE LOS REYES, LA
 Historia de los Virreyes y Arzobispos, que ha tenido, y la
 memoria de los Santos, y Varones illustres, que la Ciudad
 y Reyno han producido.
 LA QUAL OFRECE, DEDICA, Y CONSAGRA
 AL EXCELENTISSIMO SEÑOR DON JOSEPH DE
 Armentariz, Marqués de Castellerte, Comendador de
 Chiclaña y Montizon en el Orden de Santiago, Capitan Ge-
 neral de los Reales Exercitos de S. Magellan, y Virrey
 de los Reynos de Portugal.



Anullaris





SAN MARTÍN Y LA BIBLIOTECA DE LIMA

Después de la toma de Lima y como consecuencia de este hecho de armas, desenlace de un plan que había desconcertado por entero al virrey La Serna, San Martín, no por concupiscencia del poder, sino por dictados trascendentales del momento, estableció en el Perú su protectorado y se entregó de lleno a fundamentar debidamente el nuevo régimen. Muchas fueron las medidas tomadas por él para reorganizar la hacienda, la Municipalidad, la milicia, y otras instituciones; pero, guiado por su espíritu cultural y por su amor decidido y franco por el progreso de la inteligencia en sus masas populares, el día 28 de agosto de 1821, al cumplirse el primer mes de la declaración de la independencia peruana, decretó la creación de la Biblioteca Nacional de Lima. Al refrendar este decreto designó para bibliotecarios a los presbíteros doctores Mario T. Arce y Joaquín Paredes, señalando para fecha de la inauguración el 17 de septiembre y eligiendo para local del nuevo establecimiento el antiguo Colegio de Caciques, ya bautizado con el nombre de Colegio de la Libertad, por funcionar allí esta casa de docencia.

El acto de inauguración de la biblioteca fue sobremanera solemne. Una brillante comitiva recibió a San Martín en las puertas del colegio y después de los discursos pronunciados para realzar el significado de esa ceremonia, primero por el doctor Valdivieso, ministro de Relaciones Exteriores del Protectorado, y luego por el doctor Arce, en su calidad de bibliotecario, tomó la palabra San Martín y dijo que la biblioteca estaba destinada a servir de alimento a la ilustración universal, "más poderosa —son sus términos— que nuestros ejércitos para sostener la independencia".

Terminada la ceremonia, San Martín se retiró del referido local entre el aplauso de los asistentes y recibiendo el homenaje de las Musas, que, al decir de la crónica, "coronaron de guirnaldas al vencedor de Chile, al político y filósofo del Perú".

Pero es oportuno observar que San Martín no resolvió el decreto la fundación de la referida biblioteca. Contribuyó a ello haciendo donación completa de su biblioteca privada, biblioteca que había traído de Cádiz, y que, después de haberla desembarcado en Buenos Aires, trasladó a Mendoza y luego a Chile, en donde la embarcó nuevamente cuando se puso al frente de la expedición libertadora, que lo llevó desde las aguas de Valparaíso a las de El Callao, y más tarde a las de Huacho, para establecer su campamento en Huaura.

La biblioteca de San Martín, como así lo prueba el catálogo que doy a conocer en el tomo III de mi obra sobre el héroe, comprendía un acervo bibliográfico de indiscutible importancia. Era San Martín un soldado, pero ante todo y sobre todo era un lector asiduo, un espíritu altamente curioso, y así como aplicaba su inteligencia a las disciplinas científicas e intelectuales de su carrera, o sea a la milicia, la aplicaba igualmente a los estudios de la naturaleza, a los ensayos de la psicología, a las elucubraciones de métodos científicos y literarios.

No voy a repetir aquí lo que ya analicé y expuse en circunstancias precedentes al dar a conocer el contenido de esta biblioteca. Con todo, debo decir que así como figuraban en ella obras inspiradas por el arte de la guerra, por la defensa de las plazas, por la navegación territorial y marítima, figuraban





igualmente las que tenían relación directa con las matemáticas, con la arquitectura, con la agricultura, con la ingeniería, con los pensadores clásicos de la antigüedad griega y romana, con el arte, con la poesía y con las más variadas manifestaciones de la cultura universal.

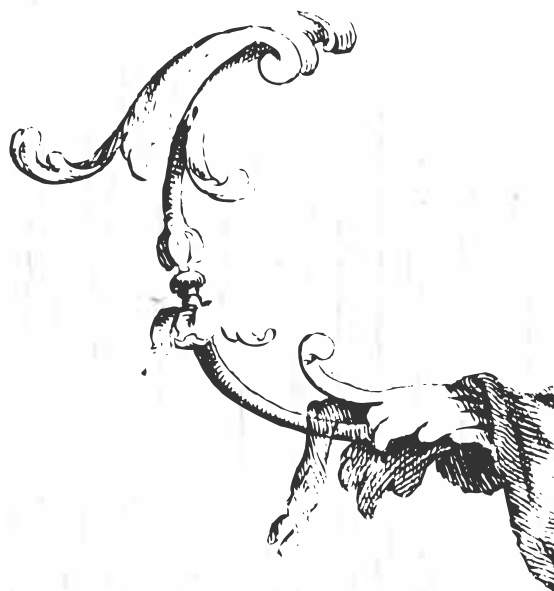
A este aporte de San Martín —aporte que significaba la donación de centenares de volúmenes— hay que agregar el realizado por Monteagudo, por García del Río, y por otros particulares que hicieron donación de sus libros y permitieron que el Libertador y el protector del Perú dotase a la capital virreinal de Lima con un establecimiento en cuyos anaqueles figuraban cerca de mil trescientos volúmenes, que no habían figurado en los días recientes del virreinato y de la colonia.

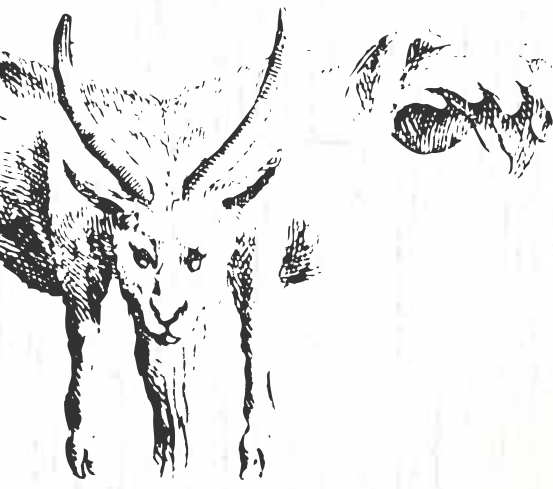
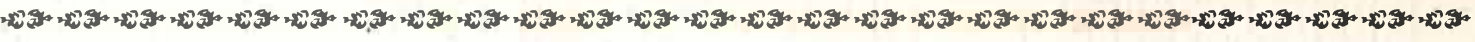
La biblioteca creada por San Martín fue creciendo y desenvolviéndose a medida que crecía, y también se desenvolvía en su progreso impulsivo la sociedad limense. Muchos fueron sus directores, pero entre todos ellos se destacó de manera principalísima D. Francisco de Paula Vigil, hombre de extraordinario mérito, de vastísima erudición teológica y profana y tan conocedor de Erasmo como de Platón, de la patrología griega como de la latina, de los hombres del Renacimiento como de los principales personajes de la época contemporánea.

La búsqueda y la paciencia de este espíritu benedictino y sabio lograron enriquecer a la Biblioteca de Lima con ediciones valiosísimas, entre las cuales figuraban las obras de Platón y de Aristóteles, de Kant y de Bufon, de Humboldt y de Bonpland. Allí tenían su lugar las obras más variadas sobre la antigüedad peruana, sobre geografía, y se podían leer los nombres de Estrabón, de Pomponio de Alcedo, de Ulloa, de La Condamine y de otros más. Según estadísticas, los volúmenes que enriquecían esta biblioteca llegaban a cincuenta y siete mil. Desgraciadamente se produjo por esa época la guerra del Pacífico y el triunfo de las armas chilenas sirvió de pretexto a los vencedores para apropiarse tan magnífico patrimonio después de la entrada en Lima y transportarlo a Santiago en casi su totalidad. Los libros que no fueron transportados cayeron en poder de la soldadesca y sirvieron para menesteres cuarteros¹.

¹ La llegada de la Biblioteca de Lima a Santiago despertó un vivo interés entre los doctos e intelectuales de la capital chilena: ella fue destinada a la biblioteca pública, pero no faltaron gestores de un nuevo destino en lo relativo a cierta parte de su acervo bibliográfico. Se pensó así destinar una parte de ella al Seminario, lo que motivó una protesta por parte de Nemesio Martínez Méndez, que escribía bajo el seudónimo de Nemesis y quien con tal motivo dirigió una carta a Valentín Letelier y a Francisco Valdez. En ella decía textualmente: "Un asunto de alto interés público me obliga a escribir a ustedes sin pérdida de momento por temor de que se consume lo que a la sordina se prepara. Se trata, amigos míos, de la Biblioteca de Lima, riquísima joya en textos canónicos y teológicos y en jurisprudencia civil, que se pretende engastar en los no muy limpios estantes del Seminario de esta ciudad.

"Hace pocos días se presentó ante el rector de la Universidad un clérigo enviado por el Ilmo. obispo *in partibus infidelium* señor Larraín Gandarillas, quien, sabedor que se encontraban en ese establecimiento los libros que componían la Biblioteca de Lima, le pedía al complaciente señor Domeyko permitiese al comisionado clérigo que los registrara todos e hiciese de ellos la





Tal era el estado de la biblioteca creada por San Martín en 1821 y enriquecida por la labor de directores como Vigil cuando se produjo el tratado de pacificación firmado en Ancón. A raíz de este acontecimiento el general D. José Miguel Iglesias, presidente del Perú, pensó de inmediato en la necesidad de rehacer esta biblioteca y designó para desempeñar este cometido a D. Ricardo Palma, cuyo nombre —nombre de erudición y de elevado prestigio— constituía una garantía de éxito en la nueva empresa.

Palma se consagró por entero y con singular empeño a esta obra y después de dirigir petitorios diversos a todas las bibliotecas del mundo, a estadistas, a historiadores, a poetas y a filósofos, logró llenar nuevamente los anaqueles que había vaciado el vencedor con valiosos aportes bibliográficos de todas las partes de Europa y de América.

Desde mi llegada a Lima la visita a este establecimiento fue para mí un verdadero acicate de curiosidad, y en una mañana del mes de febrero —mañana límpida, de tibio y balsámico ambiente— me fue dado traspasar los umbrales de esta casa que franqueara San Martín en 1821 para recorrer sus salas, detenerme delante de los cuadros que decoran sus galerías y, finalmente, para ir a descansar, como buscando un nuevo horizonte contemplativo a mi vista, en aquella sala del edificio en que se reunieron San Martín y su séquito para fundar y declarar inaugurada la biblioteca destinada por él para centro de cultura.

En esta jornada me acompañaba su digno director, D. Carlos A. Romero, hombre tan erudito como patriota, tan amante de San Martín como de su patria. De inmediato y prosiguiendo la conversación iniciada al pie del busto de D. Ricardo Palma —busto que se destaca en su patio central— le formulé una cuestión y fue la siguiente: “¿Dónde están los libros obsequiados por San Martín a esta biblioteca?”. “Me formula Vd. —dijo mi ilustre interlocutor— una pregunta fácil de responder. La guerra, aquella guerra desgarradora y de amargos recuerdos para nuestra nacionalidad y cuyos antecedentes y desenlaces Vd. conoce, pasó por esta casa en forma de robo, de saqueo y de incendio. Pocos, muy pocos, fueron los libros que se pudieron salvar de este vandalismo. Esto, como Vd. lo comprende —agregó el doctor Romero—, dificulta el poder complacerlo ampliamente en su justa y oportuna curiosi-

separación que juzgara conveniente, a fin de ser remitidos al Seminario. El señor rector accedió y ha dado las órdenes del caso para que *santamente* sea expurgada la inapreciable biblioteca. “Ustedes que ocupaban una posición importante al frente de los diarios de esta capital deben pedir estrechamente sobre esto. ¿Con qué derecho se pretende arrebatar a la Biblioteca Nacional lo que es de la Nación? No es el caso de discutir por qué se encuentra entre nosotros la Biblioteca de Lima. El hecho es que la tenemos aquí y que se desea soplar sobre las hojas de sus libros los más *edificantes* vientos”. Y más adelante: “Me subleva el alma, amigos míos, pensar que los libros que alentaron el corazón y la inteligencia de Vigil sean arrojados a los escaparates del Seminario de Santiago. Cumpló con mi deber haciendo público lo que se pretende y pidiendo a ustedes el contingente de sus esfuerzos en favor de la verdad histórica que se desea hacer morir y que la Biblioteca de Lima confió a la virilidad y a la inteligencia de Vigil para ser elevada, por el gran pensador peruano, a las cumbres en donde palpita serena la dignidad humana”.





dad. Sin embargo —agregó—, hay algunos ejemplares con el ex libris de San Martín.” Inmediatamente después de oír esta declaración, me dirigí con mi distinguido amigo a un estante cercano y pude tener en mis manos una obra de Ulloa cuyo grabado ilustrativo acompaña a la siguiente página. Esta obra figura en el catálogo de la biblioteca privada que San Martín regaló a Lima en el cajón número 10. Es una edición francesa, publicada en dos tomos empastados y en formato de cuarto mayor.

Minutos después de distraer mis ojos con esta curiosidad el doctor Romero puso en mis manos una publicación rarísima. Se trataba de un libro de quiromancia, impreso en latín y publicado en 1489. Este libro no figura en el catálogo sanmartiniano al que acabo de referirme, pero tiene un ex libris de San Martín como el anterior y, además, un curioso autógrafo de Ricardo Palma exponiendo su historia. Fue dado a luz medio siglo después de la invención de la imprenta por Gutenberg, e impreso en Venecia en 1489. Se trata, según los términos de Ricardo Palma, de una joya bibliográfica, regalada por San Martín a la Biblioteca de Lima en 1822, lo que quiere decir poco tiempo después de haber decretado él la fundación de este establecimiento y de haber hecho entrega de los libros que formaban su biblioteca privada.

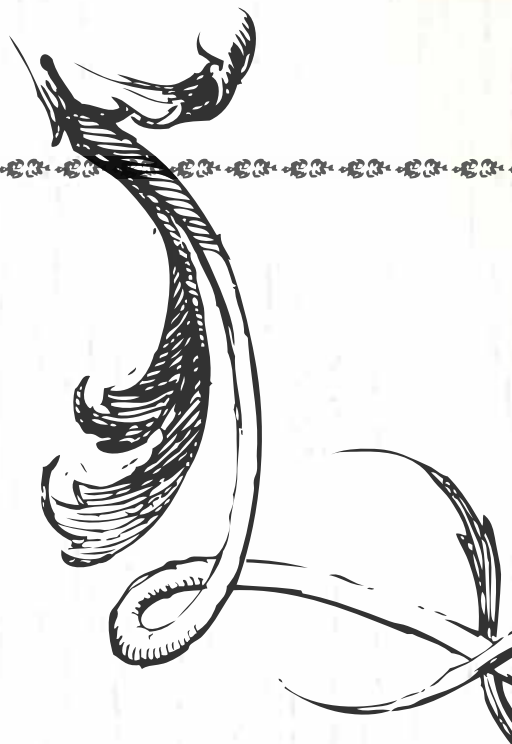
Pero lo interesante es saber cómo y de qué manera este libro ha vuelto a figurar en la Biblioteca de Lima.

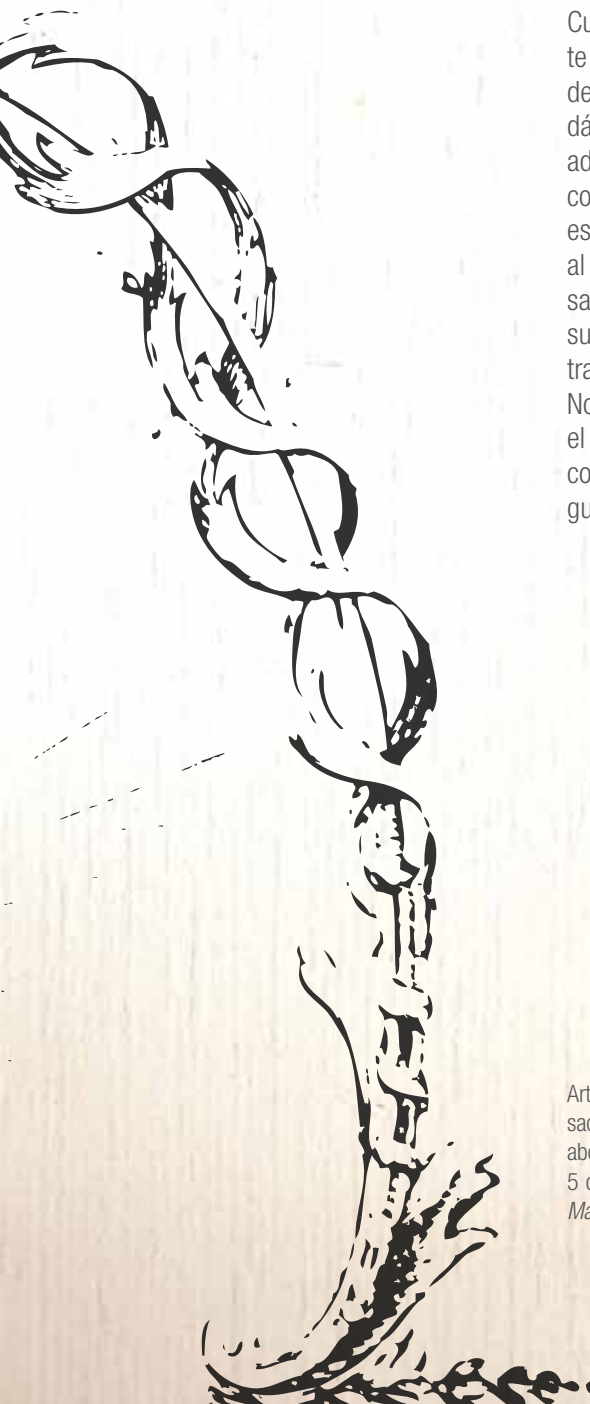
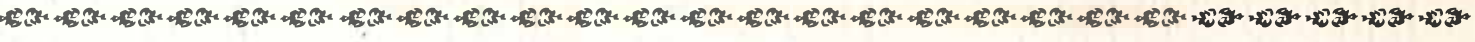
Al decir de Palma, lo encontró él en poder de un soldado chileno en 1881 y para recobrarlo le pagó a éste dos reales de plata. Así lo declara el ilustre publicista en su testimonio autógrafo del 10 de diciembre de 1883, como lo verá el lector en el grabado respectivo. En el que distinguirá igualmente que una mano extraña a la mano de Palma ha estampado en la parte inferior de la página la palabra “¡mentira!”, agregando: “es de 1599”. Por lo visto, la palabra “mentira” está destinada a rectificar la fecha señalada por Palma a la impresión del libro, dado que esta pluma anota como fecha, no la anotada por Palma, sino la de 1599, lo que hace más de cien años de diferencia.

La presencia de esta obra entre los libros que pertenecieron a San Martín nos prueba a las claras que era el suyo un espíritu no ajeno a esta disciplina que se encara con el misterio de la vida y con el destino del hombre, buscando en los rasgos de su propia anatomía la clave de muchos misterios.

La quiromancia no es una ciencia absoluta, pero está vinculada con la génesis de la civilización y así como los signos del zodiaco despiertan nuestra curiosidad y el ansia de penetrar en el misterio del cosmos, las líneas de la mano han despertado siempre en filósofos y en espíritus de refinada cultura el deseo de descubrir en ellas, ya la cualidad pasional, ya los rasgos psicológicos de nuestro propio ser, o el horóscopo de nuestro porvenir.

El libro motivo de estas líneas permite, pues, que nos preguntemos: ¿qué misterios descubrió en las líneas de sus manos el gran Capitán de los Andes? ¿Les contempló él y las estudió él, como contempló y estudió las aristas de la mole ciclópea, las sinuosidades de la costa oceánica, del mundo indiano en cuyos horizontes clavó más de una vez su genio intuitivo y de futuro vencedor? Misterio, y nada más que misterio.





Lo que se puede afirmar es que San Martín leyó su destino, más que en las líneas de su mano, en los latidos sibilinos de su conciencia y que en ésta se preparó para ser un libertador, un padre ejemplarísimo, un perfecto ciudadano y un hombre de bien.

En el ejemplar en cuestión figuran unas notas marginales explicativas del texto latino, al parecer escritas por la pluma del propio San Martín.

Al terminar esta página y a modo de acicate rememorativo, diré que la Biblioteca Nacional de Lima tiene contraída con San Martín una obra aún no paga. Cuando el magnánimo Libertador convocó al Congreso Nacional Constituyente del Perú y dimitió el mando supremo que venía ejerciendo con el aplauso de la opinión, se decidió tributarle los mismos honores que a Washington, dándole una pensión vitalicia, la erección de una columna con su estatua y además —esto sucedió en la sesión nocturna del 20 de septiembre de 1882— colocar su busto en la Biblioteca Nacional por él fundada. Pero es el caso que ese busto no existe y fue esta omisión la que señalé a los peruanos cuando, al proceder a la creación del Instituto Sanmartiniano en Lima, me cupo la satisfacción hablar, dentro del mismo recinto en que habló San Martín, sobre su obra, sobre el programa de acción a cumplirse por los peruanos y sobre la trascendencia de la labor a realizarse.

No me cabe duda de que este llamado a la justicia reparadora será oído y que el busto del Libertador argentino, Libertador y Protector del Perú, asomará con su bronce simbólico donde se dejará ver un día su figura gallarda de guerrero protegiendo y fomentando el culto y el amor a las letras.

José Pacífico Otero

Artículo publicado en *La Nación* el 11 de agosto de 1935. José Pacífico Otero (1871-1937) fue sacerdote, luego abandonó el hábito de la orden franciscana para dedicarse a la profesión de abogado. Por sugerencia del pintor Benito Quinquela Martín fundó el Instituto Sanmartiniano el 5 de abril de 1933. Es autor, entre otros libros, de la *Historia del Libertador don José de San Martín* (1932).



De lineis manuum et earum nominibus. Cap. I.

m

Anus in quinque digitos diuisa est. Nam primus pollex: secundus index: tertius medius: quartus annularis: quintus vero auricularis appellatur: quilibet autem digitus in tres iuncturas diuisus est preter pollicem qui duas tantum iuncturas habet.

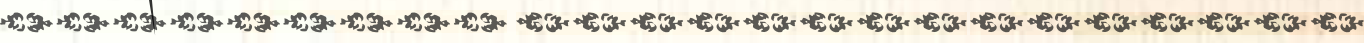
partes vero unicuique digito supposite illius digiti res nuncupant. Palma autem manus multas lineas habet. Quarum vltima contermina manus et brachii restricta dicitur. Illa vero que a monte pollicis per lineam manuum descendens ad restrictam transit: linea cordis vel linea vite appellatur: dextra trianguli vel saturni, Linea quoque a monte auricularis ascendens per medium manum versus indices mensalis nominatur. Linea autem

em media natura similiter et linea mensalis dicitur: inter autem duas appellatur. Linea mensalis quea uod est inter mensam manuum: eo quod fitur quadrangulum remanet inter restrictam ac dorsum et pinguedo manus dorsum manuum hanc preter dorsum vel monte manus

a ij

Hec est forma manus cum lineis suis et eorum nominibus: ac locis natiuitatis. Adcedens





QUÉ LIBROS DE SAN MARTÍN FUERON DONADOS A LA BIBLIOTECA NACIONAL Y QUÉ SE HIZO CON ELLOS

Para terciar en la polémica sobre su ayer, hoy y mañana, en el libro *Historia de la Biblioteca Nacional* recuerda Horacio González la donación de Mariano Balcarce, yerno de San Martín, efectuada en 1856 durante la dirección de Carlos Tejedor.

En esta nueva versión de la historia de esta biblioteca editada en el año 2010, la tercera con carácter oficial, por primera vez se informa que *se trata precisamente de numerosos volúmenes que albergaba la biblioteca del General en Boulogne-sur-Mer* y que del cuidado de estos se encarga la Sala del Tesoro. De acuerdo al apunte proporcionado por su nieta, Josefa Dominga Balcarce de Gutiérrez Estrada, en el cuarto que ocupaba su abuelo no había un mueble biblioteca, el total de sus libros estaban en alguno de los otros de uso común, ocupados por la familia en el piso que se le alquiló al bibliotecario de Boulogne-sur-Mer.

De esos libros se remitieron a la Biblioteca Pública de Buenos Aires *numerosos volúmenes*, como acertadamente dice González, pero no la totalidad; permaneciendo algunos en poder de su hija Mercedes y de su yerno Mariano. De los que no fueron remitidos a la Biblioteca Pública, años después dos se los obsequió Balcarce a Bartolomé Mitre, se trata del *Arte de hablar bien francés* de Pedro Nicolás Chantreau y el *Almanaque de la Provincia Oriental para el año 1829*. Ambas piezas fueron conservadas por Mitre en su biblioteca americana hasta el 16 de enero de 1902, día en el cual se los dio a Adolfo Pedro Carranza.

A seis años del fallecimiento de San Martín y 24 años antes de la repatriación de sus restos, el yerno Mariano Balcarce le escribe el 6 de marzo de 1856 a su amigo Félix Frías, entonces en Buenos Aires, una carta donde le dice:

Por un buque que debe salir en estos días del Havre con destino a ese Puerto, dirijo al Señor Director de nuestra Biblioteca un baúl de libros que pertenecieron al General San Martín, cuyo nombre llevan de su puño y letra. Mendoza, Santiago de Chile y Lima, recibieron en otra época donativos generosos de esta especie, y he creído llenar los deseos de mi finado Señor Padre, haciendo igual obsequio a Buenos Aires.

Al día siguiente de haberle escrito a Frías, el 7 de marzo, Balcarce despacha otra carta, ésta dirigida al *Señor Director de la Biblioteca de Buenos Ayres* avisándole que le remitía un baúl con libros que habían *pertenecido a mi finado Señor Padre Político, el General San Martín*.

El baúl con los libros, rotulado *M B N N° 1*, fue embarcado en el paquete oriental *Liguria* y ya había partido el día anterior del puerto El Havre, consignado a los corresponsales de Balcarce en Buenos Aires *Sres. Jayme Llavallol e Hijos*, comerciantes e importadores.



Libre de todo gasto y con un listado elemental y desordenado, él lo llama pomposamente *catálogo*, los Llavallol tuvieron la comisión de hacer la entrega del baúl con una carta en donde Balcarce le decía a Carlos Tejedor:

[...] quiera Ud. aceptarlos para la Biblioteca de Buenos Ayres por haber pertenecido a mi finado S^{or}. Padre Político, el Gral. San Martín, cuyos nombres llevan los más de ellos escritos de su puño y letra.

En el segundo párrafo de la carta alude Balcarce al correlato entre su decisión, como administrador de lo heredado por su esposa Mercedes Tomasa San Martín y Escalada, de entregar los libros a la Biblioteca Pública de Buenos Aires y *los deseos e intenciones de mi S^{or}. Padre quien siempre amigo de las Letras y del Progreso hizo en otra época obsequios de esta especie a Mendoza, Santiago de Chile y Lima.*

En el libro de correspondencias, rotulado *Biblioteca Nacional. Índice del Archivo 1829-1886*, conservado en la Sala del Tesoro, se encuentra ingresada esta carta de ofrecimiento en una foja del año 1856 y con el número 4 de orden.

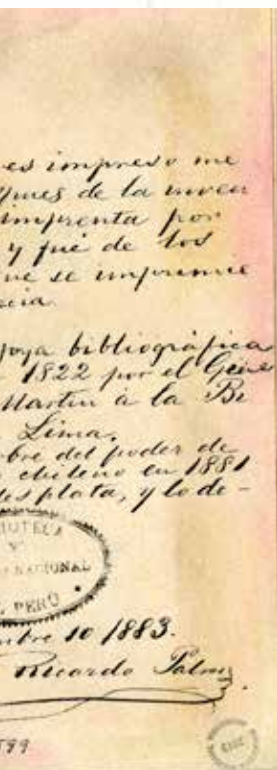
Hecho público el 10 de agosto de 1854 en páginas del *Registro Estadístico del Estado de Buenos Aires*, Tejedor se lamentaba en su informe sobre el estado de la Biblioteca Pública que *Nadie regala hoy á la Biblioteca ni ella compra obra alguna por falta de fondos.* Es de señalar que en los principales diarios porteños de la época consultados no aparece información sobre este legado para que los vecinos emularan la actitud.

Con el número 8.882 esta nota de Balcarce fue incluida en la página 337 del *Segundo Catálogo de Manuscritos* que la Biblioteca Nacional publicó en 1944, con una síntesis de contenido. La carta y el listado de libros fue considerado por Raúl Quintana en 1945, secretario general de la Biblioteca Nacional, con mayor valor al de una simple correspondencia, disponiendo el 27 de septiembre que pasaran a la Sección Manuscritos. Por suerte, antes se efectuó copia mecanografiada de ambos documentos, que se conservan en el Archivo Histórico Institucional, en uno de los libros con correspondencias recibidas.

A partir de 1955 los manuscritos originales de esta correspondencia, junto con muchos miles de documentos, se los enajenó de la Biblioteca Nacional en cumplimiento del decreto 19021 de 1954 y hoy se encuentran en el Archivo General de la Nación.

Estos ejemplares de aquella pequeña y última biblioteca que lo acompañó hasta su momento postrero, cuando fueron recibidos en donación se los incorporó a la colección general de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Ingresados estos libros en abril de 1856 fueron ubicados en los anaqueles de un cuarto claustral, de los que disponía esta biblioteca para su funcionamiento en la Manzana de las Luces.





Se trata de obras del botánico y viajero Michel Adanson; del dramaturgo Pierre Agustin Caron de Beaumarchais; del militar, naturalista y geógrafo Jean Baptiste Geneviève Marcellin Bory de Saint Vincent; del militar y explorador Louis Antoine de Bougainville; de A. Boulos; del político, explorador e hidrógrafo Charles Pierre Claret de Fleurieu; del clérigo e historiador William Coxe; del biólogo y zoólogo Georges Léopold Ch. F. D. Cuvier; del general e historiador Georges de Chambray; del filósofo y escritor Denis Diderot; del historiador y arqueólogo Jacques Antoine Dulaure; del estadista y geómetra Pierre Charles François Dupin; de Samuel Ángel; del político y ensayista Jean Nicolas Dêmeunier Thomas Forrest; del espía, explorador y matemático Louis Amédée François Frezier; del periodista, abogado e historiador Jean Charles Dominique de Lacretelle; del diplomático y viajero Balthasar de Monconys; del astrónomo Réginald Outhier; del periodista Louis François L'Héritier; del explorador y botánico Constantine John Phipps; de Plutarco; del escritor y explorador François Charles Hugues Laurent Pouqueville; del político y escritor Pierre-Françoise Tissot, y del médico y filósofo Jean-Georges Zimmermann. Las obras de estos autores son de materias y temas diversos, las más de viajeros, en menor cantidad de historia y unas pocas de literatura. Sin duda que esto solamente marca de manera relativa las preferencias en sus tiempos vividos en Francia, la heterogeneidad de sus gustos.

En cuanto a las obras, todas impresas en francés, algunas son primeras ediciones, otras reediciones y algunas traducciones del italiano e inglés. Como era común en esa época, San Martín solía colocar en algunos de sus libros uno de sus dos austeros ex libris, pero no lo hizo en ninguno de los libros que después se dieron a la Biblioteca Pública.

Para determinar las constantes temáticas de su interés es necesario, entre otras tareas previas, conocer exhaustivamente y clasificar el total de sus libros y otros impresos menores no menos significativos, tarea recientemente iniciada pero no concluida.

Durante años poseyeron libros de San Martín, con anotaciones hechas por él, los Guerrico, los Lamarca y los González Garaño, como lo dio a conocer el matutino *La Prensa* el 1° de enero de 1934.

Revisando su intercambio epistolar se advierte la posibilidad de haber frecuentado otros autores y títulos ausentes en sus librerías, aporta a esto el testimonio dejado por sus interlocutores. Sobre la base de deducciones, hay historiadores que suponen también que pudo haber leído otros libros y luego no conservarlos.

Casi dos décadas después de la donación efectuada por Balcarce, la Biblioteca Pública se vio favorecida con otra pieza más de igual procedencia. José Tomás Guido hizo entrega en 1875 a la Biblioteca Pública de *una carta geográfica de la América del Sud que perteneció al General San Martín*. Figura en el citado libro de correspondencias como recibida el 22 de noviembre, con el número 99 de orden.





Queda por saber la ocasión en la cual este mapa le fue dado por San Martín a su padre, el general y diplomático Tomas Guido, o bien si quedó involuntariamente en el archivo de éste.

Esta pieza cartográfica fue llevada a lomo de mula desde Buenos Aires a Mendoza, estuvo en Chile y figura, junto con algunos otros mapas, cartas marítimas, planos y un atlas, incluida en el contenido del *Cajón N° 11*, según consta en un cuaderno propiedad de San Martín.

Este cuaderno estaba en posesión de Bartolomé Mitre y hoy se encuentra entre la documentación conservada en su casa-museo. El detalle del contenido de cada cajón no es de puño y letra de San Martín, fue confeccionado por un amanuense, pero al pie sí está rubricado por él.

Se sabe que este mapa de Sudamérica fue hecho en Londres en 1810 por el geógrafo inglés Aarón Arrowsmith, que era de gran tamaño y en seis secciones, con correcciones hasta 1817.

Hay dos referencias imprecisas a otros mapas más como pertenecientes a San Martín y que supuestamente poseía la Biblioteca Nacional, según lo expresaron los directores Gustavo Martínez Zuviría en 1944 y Dardo Cúneo en 1988.

Mudada la Biblioteca Nacional en 1901 de la Manzana de las Luces a su edificio de la calle México 564, los libros de San Martín en su mayoría permanecieron en la colección general. Desde 1893 hasta el fallecimiento del director Paul Groussac, acaecido en 1929, se publicaron los tomos del *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional* en donde figuran algunos de estos libros, con sus respectivas ubicaciones, a disposición de quien los solicitara para la lectura.

No sería extraño que los otros libros se encontraran en el gran despacho de Paul Groussac, una suerte de área protegida, de los cuales se servía para atender a sus estudios; hay un detalle de estos en el *Catálogo numérico y alfabético de las obras que existen en las Bibliotecas y Muebles de la Dirección*. Durante la gestión de Manuel de Iriondo, ministro de Justicia e Instrucción Pública, se creó el 27 de septiembre de 1932 la Sala Paul Groussac, destinada exclusivamente a investigadores y *no al lector golondrina ni al estudiante de primeras o segundas letras*. Inicialmente esta sala fue concebida para consultas y trabajos especiales, pero sin colección propia.

Al mismo tiempo, la dirección de la Biblioteca Nacional se abocó al rescate de las *joyas bibliográficas que se hallan diseminadas en los depósitos* y, para poder exhibirlas en forma decorosa, se inició a principios de 1933 la organización de la Sala de Libros Raros y Preciosos.

Entre las primeras beneficiadas por este rescate se recuerdan las bibliotecas del obispo Manuel Azamor y Ramírez, aquel donante fundacional, la del abogado Manuel Belgrano, las de los canónigos Saturnino Segurola y Luis José de Chorroarín, la del Colegio Real de San Carlos (antes de los Jesuitas de Córdoba), y la última más modesta librería del general José de San Martín, silenciosa compañera en horas de memorar hazañas.

J. M.
San Martín

J. M. Martín

En el mes de septiembre de 1936 el ministro de Justicia e Instrucción Pública, Jorge de la Torre, recibe en su despacho la memoria de la Biblioteca Nacional correspondiente al año 1935. En ella Gustavo Martínez Zuviría le recuerda que entre las *grandes donaciones de años atrás* se cuenta con *otra de mucha menor cantidad en número, pero en la que hay libros que son reliquias para nosotros, pues a más de ser rarísimos pertenecieron a la biblioteca del General San Martín, y algunos tienen su autógrafo.*

Esta información trascendió en nuestro medio historiográfico y llamó a ocuparse del tema a algunos cultores de los temas sanmartinianos. Organizado por el Instituto Cultural Joaquín V. González, en la Asociación Cultural de Bibliotecarios se llevó a cabo una disertación el 17 de agosto de 1943 sobre *San Martín y la Biblioteca de Lima*. En la oportunidad Teodoro Caillet Bois en la parte final de su exposición se refirió al reencuentro de esta donación y a los documentos que la avalan, expresando:

Nuestra propia Biblioteca Nacional encontró recientemente en su archivo una vieja carta de Mariano Balcarce, haciéndole donación, por voluntad póstuma del ilustre suegro, de una segunda biblioteca, la del ostracismo, consistente en un centenar de libros. Estos libros estaban en efecto en la Biblioteca Nacional, tan arrumbados... ¡que hasta en esto se ensañó el olvido con el Gran Proscrito!

Ya en el año 1938 quedó registrado en la documentación oficial de la Biblioteca Nacional el uso de vitrinas especiales para exhibir novedades bibliográficas que pudieran ser de interés para los lectores, ubicadas en el vestíbulo del antiguo edificio de la calle México, construido aunque para otro fin por Carlos Morra a principios del siglo XX. La Dirección optó por sumar a esta práctica exposiciones relacionadas con efemérides de significación nacional y otras con donaciones de importancia.

Dando cuenta de lo ocurrido en el organismo durante el año 1944, dice Martínez Zuviría que con motivo del 94º aniversario del fallecimiento de San Martín:

Además del acto de adhesión de la Biblioteca Nacional al homenaje a San Martín en el aniversario de su muerte, se realizó una exhibición en las vitrinas del vestíbulo con libros y mapas que pertenecieron al Libertador, muchos de los cuales tienen su firma autógrafa, y habían sido donados a la institución por sus herederos.

Por primera vez en este informe, además de los libros entregados por Mariano Balcarce como de propiedad de su padre político, aparecen mencionados los mapas, de los cuales —como ya vimos— hay constancia por lo menos del dado a la Biblioteca Pública de Buenos Aires por José Tomás Guido.

Esta pieza cartográfica fue vista con detenimiento, entre otros, por el hidrógrafo e historiador Teodoro Caillet Bois, y gracias a su testimonio escrito sa-



bemos que se trataba de *un excelente mapa de Suramérica, de gran tamaño, en seis secciones y que no conocíamos, del año 1810 con correcciones hasta 1817*. En nota al pie de la citada conferencia agrega:

Hemos notado en este mapa, que en la sección relativa a nuestro país figura en la Patagonia —como único datos en su interior— el gran lago Colhué Huapi, conectado erróneamente al río Deseado en vez del Chubut. Creíamos que el primero en ubicarlo había sido el viajero inglés Musters, en 1869, pero estábamos equivocados.

Manuel Selva es autor del *Catálogo de la Mapoteca* publicado por la Biblioteca Nacional entre los años 1941 y 1956. Revisados los tres volúmenes de esta obra, si bien encontramos otros de Aarón Arrowsmith, no aparece este de América del Sur confeccionado en 1810.

Cuando en el año 2004 María Esther Vázquez publica su libro *La memoria de los días. Mis amigos, los escritores*, dedica un capítulo a “Borges, Clemente y la Biblioteca”, en donde confiesa a los lectores que:

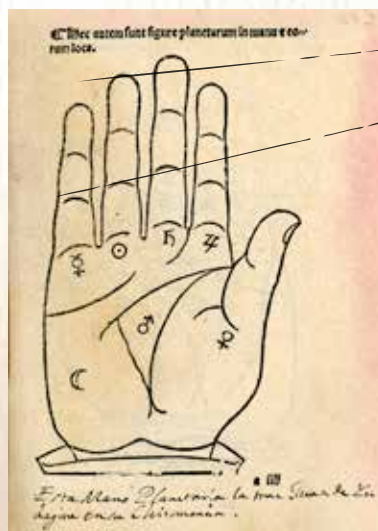
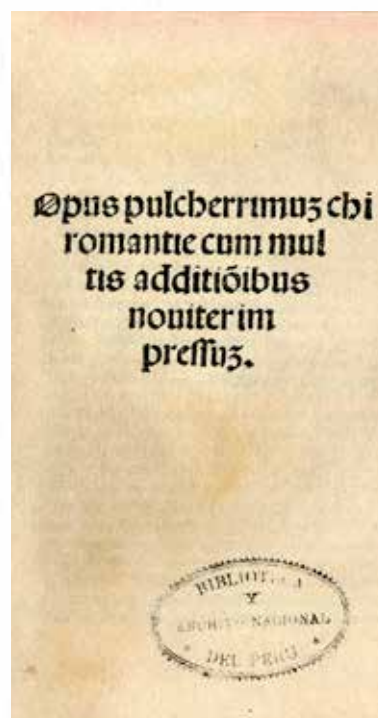
Uno de los hechos más trascendentes de mi vida, cuando todavía cursaba la universidad y que me abrió un mundo de posibilidades, fue empezar a trabajar en la Biblioteca Nacional en el despacho del director, es decir al lado de Borges y de José Edmundo Clemente.

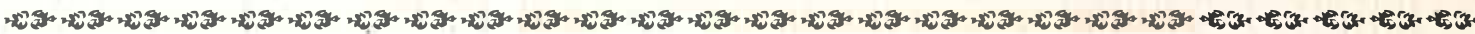
María Esther fue empleada por Clemente para atender en ese organismo el Departamento de Extensión Cultural, cuya jefatura estaba a cargo de Horacio Armani. Este departamento, dotado con un jefe y una empleada, entre las tareas menos burocráticas debía atender la programación matutina de un ciclo por LRA Radio del Estado, dedicado a comentar libros de la Biblioteca Nacional.

En el archivo particular del matrimonio Vázquez-Armani hay una carpeta rotulada *Audición de Radio del Estado*, con copias al carbónico de los guiones que entonces ella y él preparaban con glosas sobre libros y comentarios acerca de sus autores. Una de estas copias contiene el referido a *Libros que pertenecieron al general San Martín*, diálogo así anunciado por el diario *El Mundo* para el 9 de diciembre de 1956 a las 10:30 hs.

Por gestión de Oscar Jorge González, se construyó en la década del 60 del siglo XX un corredor en el viejo edificio de la Biblioteca Nacional, que sirvió de entrada general y acceso al gran salón de lectura y a las salas de reservados, a la hemeroteca y la estudiantil.

La pared izquierda de este nuevo corredor, prolongado casi hasta los fondos de aquel edificio de grises muros exteriores, fue poblada de vitrinas, unas empotradas y otras de cedro y vidrio adosadas a la pared, con el fin de mos-





trar en ellas las novedades bibliográficas nacionales. Esto permitió abandonar casi por completo para las exhibiciones aquel *gran vestíbulo en penumbra*, donde reinaba *el silencio plomizo*, evocado por Antonio Pagés Larraya en su ficción sobre *Sala Groussac*.

Durante la gestión obligadamente austera de Dardo Cúneo, iniciada en 1985 y hasta mediados de 1989, se aprovecharon estas vitrinas para la realización de exposiciones *que mostraban la riqueza bibliográfica conservada*, recordadas por él en 1997 cuando publicó *Breve crónica sobre riesgos y venturas de un ex director*.

Las dos primeras de esas exposiciones estuvieron dedicadas a la donación personal de Balcarce y a los libros de San Martín. En el borrador de un informe, datado 13 de septiembre de 1988 y titulado *Cuántos somos y qué hacemos*, Cúneo da cuenta además de que en 36 meses llevaban realizadas en las vitrinas de la casa 15 exposiciones bibliográficas y recuerda a *Mercedes Dip, delegada sindical, lúcida responsable, por ejemplo, de las exposiciones*.

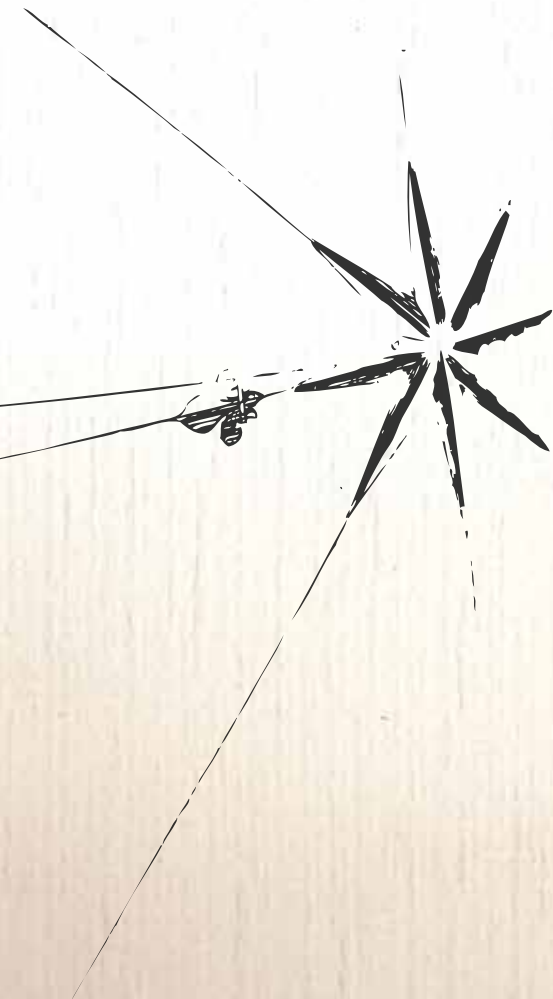
La [de la] donación Balcarce: los libros del Gral. San Martín. Esta donación comprende libros en francés, de geografía, filosofía política, matemáticas, además de mapas y cartas. [...] Bandos del Ejército Libertador y Mapas de la Campaña de los Andes.

Después de lo dicho por Martínez Zuviría, cuando en 1944 relata lo sucedido durante ese año de gestión, esta es la segunda vez que un director hace mención a sus *mapas y cartas*, aunque de manera un tanto confusa.

En este informe de Cúneo, hoy conservado en el área de Archivos y Colecciones Particulares, se precisa que los libros de San Martín fueron exhibidos entre los meses de agosto y septiembre de 1985. Hubieron de transcurrir muchos años antes de ser mostrados nuevamente algunos de esos caros ejemplares.

Mudados los fondos de la Biblioteca Nacional del sur al norte de Buenos Aires para su instalación en el nuevo edificio de Avenida del Libertador y Agüero, al suceder a Enrique Pavón Pereyra, el director Héctor Yánover debió atender la carencia absoluta de equipamientos en los pisos solitarios y el hacinamiento de diarios, revistas y libros en los sótanos de esta monumental estructura de hormigón.

Al poco tiempo de dejar su cargo, el 30 de noviembre de 1997 Yánover publicó *Nuestra arma es el libro*, donde dejó sus impresiones sobre aquel San Martín y su librería, la segunda, traída de Europa a Buenos Aires y transportada a través de la Cordillera, para finalmente distribuirla casi en su totalidad en bibliotecas públicas antes de su retiro a Europa.





Yo me imagino que más de un oficial joven de esos que siguieron a San Martín se debe haber escandalizado cuando vio la cantidad de mulas cargadas de libros que el general preparaba para ese cruce de los Andes, dándoles la misma importancia que a las armas o a los abastos sin los cuales esa tan riesgosa operación no hubiese sido posible. Es que San Martín sabía que sin los libros ninguna revolución tiene sentido. Sin los libros, sin la libertad de expresión, sin la cultura, los países agonizan como una semilla sin sol y sin agua. San Martín no sólo viene a traer la libertad, viene a traer la posibilidad de una emancipación verdadera. Por eso crea la Biblioteca Pública de Chile y luego en Perú, donde pronuncia aquel famoso discurso donde aclara que la Biblioteca es más poderosa que los ejércitos para afianzar la independencia.

Durante varios meses del año 2010, la programación de la Biblioteca Nacional incluyó una invitación al público en general para conocer algunas de las destacadas piezas pertenecientes a la Sala del Tesoro. La muestra denominada *Tesoros de la Biblioteca Nacional* duró un cuatrimestre, de septiembre a diciembre. La curaduría estuvo a cargo de Mercedes Dip, la investigación y los textos empleados en la muestra, como también en el catálogo, pertenecen a María Etchepareborda.

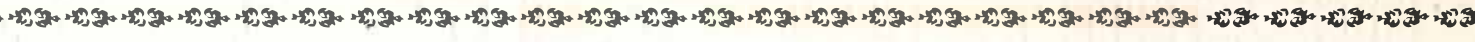
Al prologar el catálogo expresó el director de la Biblioteca Nacional:

Aquí se muestran los libros de los primeros políticos que concibieron la hipótesis de una autonomía nacional, lo que supone la posesión de bibliotecas, de libros usados como respaldo de la actividad pública y de lecturas entendidas como actos políticos.

En este conjunto fueron incluidos algunos ejemplares de los 25 títulos que componen la librería de San Martín, donada a la Biblioteca Pública de Buenos Aires, más aquellos de los cuales era dueño Mariano Balcarce con el rótulo *Colección San Martín-Balcarce*, que por ambiguo indujo a algún equívoco.

De las crónicas periodísticas obtenidas sobre esta exposición, conservadas en el Archivo Histórico Institucional, la *Revista N* del diario *Clarín*, del 16 de octubre, destacó el interés de una *monja ansiosa por ver la edición del Contrato Social de Rousseau que perteneció a San Martín*. El ejemplar que la *monja ansiosa* observó no perteneció a San Martín sino que fue propiedad de su yerno Mariano Balcarce, firmado por éste en el ángulo superior derecho de la portada.

Recuerda Benjamín Vicuña Mackenna que entre sus ocupaciones en el Grand Bourg se contaba *la lectura y sus libros favoritos pertenecían a la escuela filosófica del siglo XVIII, en cuyas ideas se había formado, que sus dos tipos eran Rousseau como filósofo y Napoleón como militar*.



Pero San Martín, si leyó *El contrato social*, todo lleva a suponer que fue en francés y el ejemplar expuesto entonces es la traducción al castellano, impresa en Buenos Aires en 1810 por la Real Imprenta de Niños Expósitos, con introducción de Mariano Moreno.

Es cierto, de los listados que se conservan con el detalle de sus dos librerías no aparece de Rousseau *El contrato social*, lo cual no prueba que no lo hubiese leído. En cambio, en su campaña libertadora, llevó consigo en el *Cajón N° 3* del mismo autor los 4 tomos en rústica del *Émile, ou De l'éducation*.

Cuáles eran entonces los autores de los libros expuestos en la muestra *Tesoros de la Biblioteca Nacional* que sí habían pertenecido a San Martín, pues Pierre François Tissot, Georges de Chambray, la recopilación de diversos autores sobre temas históricos y literarios reunida por la casa Ladvocat con el título *Paris, ou, le livre des cent et un*, Denis Diderot, Charles de Lacretelle y Pierre Augustin Caron de Beaumarchais.

El inicio de la atención a lectores en la Biblioteca Pública fue anunciado por la *Gazeta de Buenos Ayres* en su edición del viernes 13 de marzo de 1812.

En esta publicación oficial se informó, por *orden del gobierno*, que el acto se celebrará el lunes próximo de la semana entrante.

Al día siguiente de ocurrido este acontecimiento, *El Censor* del martes 17 de marzo publicó esta breve noticia:

Ayer 16 se celebró la apertura de la biblioteca pública con un elocuente discurso que pronunció el Dr. D. José Joaquín Ruiz; á la que asistieron el superior gobierno y todos los xefes. La biblioteca se franquea al público desde las 8 á las 12 y media del día hasta fin de abril en que se variará.

Aprovechando el bicentenario de este acontecimiento, la dirección de la Biblioteca Nacional organizó en la Sala Leopoldo Marechal una muestra de libros, documentos, publicaciones periódicas, fotografías y partituras bajo el lema *Dos siglos de donaciones*. Se inauguró en el mes de agosto del año 2012 y permaneció a la contemplación de lectores y visitantes hasta fines de septiembre. En una de las vitrinas se incluyeron varios de los libros de San Martín, legados por su hija e hijo político.

La muestra curada por Roberto Casazza fue acompañada con la edición de un lujoso catálogo que en 80 páginas incluyó trabajos, cuya autoría en su totalidad pertenece al personal del organismo, sobre el *Libro de Donaciones de la Biblioteca Pública* y la *Gazeta de Buenos Ayres*, la donación Miguel O'Gorman y los primeros libros de medicina en la Biblioteca Pública, la donación secreta de Jorge Luis Borges, los 148 años de donaciones de fotografías, la colección Agrupación Nueva Música, las contribuciones a la Sala Vicente Quesada para ciegos, las bibliotecas particulares y los archivos personales recibidos en la Biblioteca Nacional. Las 15 páginas centrales de este catálogo fueron destinadas a un trabajo sobre los últimos libros de San



Martín conservados en la Biblioteca Nacional, e ilustrado con algunas láminas vinculadas con al tema.

En esta oportunidad, de los libros de San Martín se escogieron para ser exhibidos la primera edición de *Histoire de l'expédition de Russie* de Georges de Chambray, impresa en 1823; algunos de los 21 tomos de las obras completas de Denis Diderot, impresos en 1821; y de Jean Charles Dominique de Lacrosette, la *Histoire de France pendant les guerres de religion*, en tres tomos impresa en 1824.

Al acompañar el catálogo con palabras alusivas al lema de la muestra, Horacio González dijo que *nuestra Biblioteca recuerda ahora lo que es el hilo de su desarrollo: la historia de sus donaciones*, y luego agregó: *Las donaciones son el cimiento vivo de nuestra Biblioteca*.

El diario *La Nación*, en su edición del lunes 17 de septiembre, dio a conocer las impresiones del periodista Leonardo Tarifeño sobre la muestra, con ilustración de Sebastián Dufour. Incluido en la sección *Ciudad Oculta*, en el texto se destacan entre las *Joyas y misterios en la Biblioteca Nacional*, reunidas en la sala para ejemplares raros y antiguos:

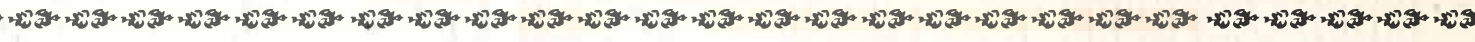
Los libros de agronomía y de historia natural, subrayados y anotados por Manuel Belgrano. Otros de viajes, que alguna vez endulzaron las jornadas independentistas en las manos de José de San Martín. Las obras reunidas del filósofo y enciclopedista francés Denis Diderot, en tomos de hojas recias e invencibles con las que nuestro mayor héroe nacional forjó su pensamiento.

Con el apoyo de los ministerios de Relaciones Exteriores de Argentina y Perú y organizada por nuestra Secretaría de Cultura de la Nación y el Ministerio de Cultura peruano, más otros organismos relacionados con la programación de estos eventos, se llevó a cabo en el porteño Museo del Bicentenario una muestra fugaz bajo el lema *La ruta de las ideas. Exposición de los libros del General José de San Martín*, en el transcurso del mes de diciembre del año 2013.

Esta muestra tiene su origen en el ofrecimiento que de ella hizo el presidente del Perú, Ollanta Moisés Humala, a su par de la Argentina, Cristina Fernández de Kirchner, cuando nos visitó en noviembre del año 2012.

Además de ser concebido éste como gesto de amistad, tiene un valor agregado, se trata de las vicisitudes de ídoles diversas por las cuales pasaron los ejemplares traídos perentoriamente a nuestro país: los saqueos de las tropas realistas durante los años 1823 y 1824, la ocupación chilena de la capital peruana en 1881 durante la Guerra del Pacífico y la apropiación de miles de libros de la Biblioteca Nacional como botín de guerra, y el incendio total de su edificio en 1943.





Recientemente, del conjunto de libros traídos para su exhibición, buena parte fue devuelta al Perú por Chile, actitud en la cual se interesó particularmente la presidente de este país Michelle Bachelet.

El lote de libros visitantes estuvo integrado por un ejemplar del *Opus pulcherrimum chiromatie cum multis additiōnibus nouiter impressuz*, en cuyo colofón reza: *Impressa fuit Venetijs per Bernardinum Benaliu MCCCCXCIX. Die xxv Nouembris*. Con criterio eurocentrista y aplicando la definición distorsionada por el sacerdote jesuita francés Philippe Labbé, en *Nova bibliotheca librorum manuscriptorum*, este impreso es según la fecha que trae en el colofón de los comúnmente llamados incunables, el resto fueron editados en el siglo XVIII y unos pocos son de las dos primeras décadas del XIX.

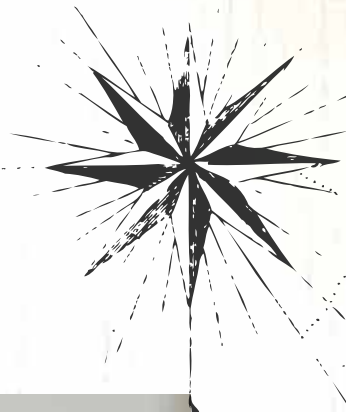
Este incunable veneciano sobre quiromancia también donado por San Martín, aunque José Pacífico Otero dijo haber visto en el pegado uno de sus dos ex libris, no figura entre los libros llevados por él a Santiago de Chile y luego ofrecido en donación a lo que hoy es la Biblioteca Nacional del Perú; esto indica que no lo adquirió en Europa y tampoco lo acompañó desde Buenos Aires a Mendoza.

Una reproducción ciertamente fiel de este antiguo impreso veneciano, en estuche revestido de terciopelo azul, ha sido ingresada recientemente a la colección de la Sala del Tesoro: se trata del ejemplar obsequiado por Ramón Elías Mujica Pinilla, director de la Biblioteca Nacional del Perú, a su par argentino.

Las piezas de la Biblioteca Nacional argentina, un total de 5, expuestas junto a las del Perú, fueron acondicionadas en una vitrina apaisada. Además de un tomo de las ya citadas obras de Diderot y Lacretelle, integraron el lote uno de los 15 volúmenes que comprende la traducción al francés, publicada en París en 1811, de *La vida de los hombres ilustres* de Plutarco; otro de la recopilación de obras de diversos autores sobre temas históricos y literarios, editada en 1838 en 10 volúmenes con el título *Paris, ou le livre des cent et un*; y también uno de los 6 volúmenes de la obra *Esquisses historiques des principaux événements de la révolution française depuis de la maison de Bourbon* de Jacques-Antoine Dulaure, publicada en 1823.

En este año 2014, del 21 de abril al 21 de mayo la conducción de la Biblioteca Nacional y el Instituto Nacional Sanmartiniano convocan a la exposición y ciclo de conferencias dedicadas a *San Martín y los Libros*. Esta vez, con la curaduría a cargo de Guillermo David, se mostrarán todas las obras que en el año 1856 fueron donadas a la entonces Biblioteca Pública de Buenos Aires, junto con testimonios documentales, gráficos, fotográficos, más aquellos estudios especiales y artículos periodísticos de autores argentinos que se ocuparon del tema.

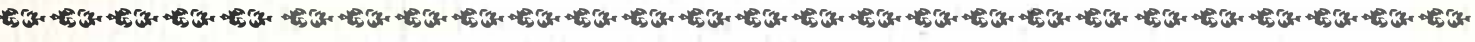
Mario Tesler



lis additiōibus
nouiter im-
pressus.



Opus pulcherrimum chi-
romantie cum mul-
tis additiōibus



Grand Jean Martin

ALCIBIADE.
CORIOLAN.

209 { comprises,
213 { page 198



1795

POME TRO

Avec les Figures desdits d'après
et gravés par Dan

chez LOUIS DUPRE



8391

OEUVRES
COMPLÈTES
DE BEAUMARCHAIS.
VI.

Grand Jean Martin





LIBROS DE JOSÉ DE SAN MARTÍN
EXISTENTES EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

Adanson, Michel: *Histoire naturelle du Sénégal. Coquillages*. Paris, Bauche, 1757.

Bory de Saint Vincent, J. B. G. M.: *Essais sur les Isles Fortunées et l'antique Atlantide*. Paris, Baudouin Frères, *Germinal An XI* (1803).

Bulos, A.: *Mécanique des ouvriers, artisans et artistes*. Bruxelles, P. J. de Mat, 1825, 2 vols.

Caron de Beaumarchais, Pierre Augustin: *Oeuvres complètes*. Paris, E. Ledoux, 1821, 6 vols.

Choix de rapports, opinions et discours prononcés à la Tribune National depuis 1789 jusqu'à ce jour. Paris, Eymery, 1818-1822, 20 vols.

Claret de Fleurieu, Charles-Pierre: *Découvertes des françois en 1768 et 1769 dans le Sud-Est de la Nouvelle Guinée*. Paris, L'Imprimerie Royale, 1790.

Coxe, William: *Les nouvelles découvertes des russes, entre l'Asie et l'Amérique*. Paris, Hôtel de Thou, 1781.

Cuvier, George Léopold: *Discours sur les révolutions de la surface du globe*. Paris, Dufour et d'Ocagne, 1825.

De Bouganville, Antoine: *Voyage autour du monde par le frégate du roi La Boudeuse et la flûte L'Etoile en 1766, 1767, 1768 et 1769*. Paris, Saillant et Nyon, 1771.

De Monconys, Balthasar: *Journal des voyages*. Lyon, H. Boissat et G. Re-meus, 1665-1666, 3 vols.

De Lacrosetellé, Charles: *Histoire de France pendant les guerres de religion*. Bruxelles, A. Wahlen, 1824, 3 vols.

De Pouquevillé, François Charles, *Histoire de la régénération de la Grèce*. Bruxelles, A. Wahlen, 1825, 4 vols.

Diderot, Denis: *Oeuvres*. Paris, J. L. J. Brière, 1821, 21 vols.

Dulaure, Jacques-Antoine: *Esquisses historiques des principaux événements de la Revolution Française*. Paris, Baudouin Frères, 1823, 6 vols.

Dupin, Charles: *Géométrie et mécanique des arts et métiers et des beaux-arts*. Bruxelles, De Mat Fils et Remy, 1825-1826, 3 vols.



Engel, Samuel: *Extraits raisonnés des voyages faits dans les parties septentrionales de l'Asie et l'Amerique*. Lausanne, J. H. Pott, 1779.

Forrest, Thomas: *Voyage aux Moluques et a la nouvelle Guinée*. Paris, Hôtel de Thou, 1780.

Frézier, Amédée François: *Relation du voyage de la Mer du Sud aux côtes de Chily et du Pérou fait pendant les années 1712, 1713 et 1714*, Paris, Chez Nyon, Didot et Quillau, 1732.

Marquis De Chambray: *Histoire de l'expédition de Russie*. Paris, Pilet Ainé, 1823, 2 vols.

Outhier, Réginald: *Journal d'un voyage au Nord en 1736 et 1737*. Paris, Piget et Durand, 1744.

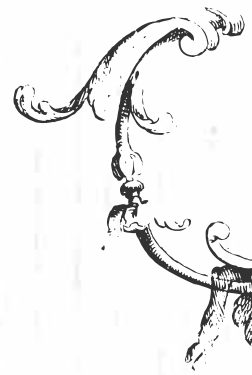
Paris, ou le livre des cent-et-un. Paris, Ladvoat, 1831-1834, 10 vols.

Phipps, Constantin-Jean: *Voyage au Pôle Boréal fait en 1773*. Paris, Saillant et Pissot, 1775.

Plutarque, *Les vies parallèles des hommes illustres*. Paris, Duprat-Duverger, 1811, 15 vols.

Tissot, Pierre François: *Précis ou histoire abrégée des guerres de la Révolution Française*. Paris, Raymond, 1821, 2 vols. El segundo volumen lleva la autoría de Louis François L'Héritier.

Zimmermann, Jean-Georges: *La solitude*. Paris, J. B. Baillière, 1825.



Good for Martin



PARA SABER DE SUS OTROS LIBROS CONSULTAR:

AA. VV.: *San Martín y la Cultura*. Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1973.

Aguirre Molina, Raúl: *San Martín, amigo de los libros*. Buenos Aires, 1948.

Barcia, Pedro Luis, y Di Bucchianico, María Adela: *Los caminos de la lectura. Las bibliotecas del Libertador*. Buenos Aires, Autopistas del Sol, 2012.

De San Martín, José: *Escritos humanísticos y estratégicos*. Introducción de Felipe Pigna. Buenos Aires, Universidad Nacional de San Martín, 2010.

Espindola, Adolfo S.: *El Libertador y el Libro*. Buenos Aires, Domingo Cersósimo imp., 1950.

Pacífico Otero, José: *Historia del Libertador Don José de San Martín*. Buenos Aires, Cabaut y Cía., 1932, tomo III.

Zuretti, Juan Carlos: "El general San Martín y su amor a los libros y al arte", en *El general San Martín y la cultura. Ensayo conmemorativo*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires e Instituto de Didáctica "San José de Calasanz", 1950.



Presidenta de la Nación

Cristina Fernández de Kirchner

Vicepresidente de la Nación

Amado Boudou

Secretario de Cultura de la Nación

Jorge Coscia

Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Director

Horacio González

Subdirectora

Elsa Barber

Director de Cultura

Ezequiel Grimson

Directora del Museo del libro y de la lengua

María Pía López

Directora Técnico Bibliotecológica

Elsa Rapetti

Director Administrativo

Roberto Arno

Instituto Nacional Sanmartiniano

Presidente

Eduardo Emanuel García Caffi

Vicepresidente 1°

Rodolfo Argañaraz Alcorta

Vicepresidente 2°

Carlos Guzmán

Secretaria General

Amanda Righetti

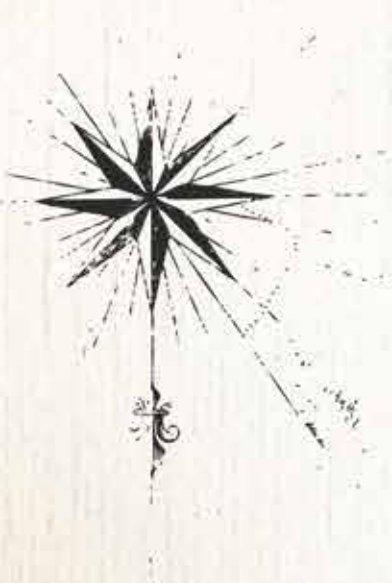
Secretaría de la Academia Sanmartiniana

Emilia Edda Menotti

Comisión conjunta por el Instituto Nacional Sanmartiniano

Carlos Eduardo Larrosa

Diego Mendiburu



bet: partes vero unius
montes nuncupant.
neas habet. Quatuor
chij restricta dicitur.
mediã manu descendens
dis vel linea vite app
nina, Linea quoq; s
diã manum versus in
a principio vite desc
ralis appellatur vlt
a capite huius versu
basis trianguli: line
istas lineas inclusun
ita quoq; descende